

ESTUDIOS DE VIAGES.



Tipos rusos: pope (sacerdote), aldeano, mercader tártaro, circasiano de la escolta imperial, señora en su narria, judío.

LA RUSIA Y LOS RUSOS.

SAN PETERSBURGO.—ASPECTO DEL INVIERNO.

Transformacion.—El sello moscovita.—La perspectiva de Newsky.—La muchedumbre.—El emperador Nicolás y el actor Vernat.—El gran bazar (Gostinói-dvor).—Los mercaderes.—El precio de una bata.—El restaurador ambulante.—La carta.

Aquel que no haya visitado la moderna capital de los czares sino durante la buena estación, no habrá contemplado á esta graciosa ciudad bajo el punto de vista mas pintoresco y bajo su fisonomía mas original. Con efecto, este maravilloso conjunto de una magnífica capital, creada, por
25 de Agosto de 1852.

decirlo así, en un abrir y cerrar de ojos, puede sorprender la imaginación y cautivar la vista; pero al admirarla, se emplea mucho tiempo en descubrir en ella aquella originalidad de fisonomía moscovita, que deseáramos descubrir desde un principio en una metrópoli rusa. Tengamos paciencia. El invierno se acerca y borrará lo que existe de europeo en la ciudad de Pedro el Grande, para imprimirle aquel sello eminentemente nacional, que podría entonces disputar á la antigüedad la misma Moscou.

La transformación es completa. La ciudad risueña y caprichosa, tan deliciosamente pintoresca en las márgenes de su río, ha desaparecido para presentar en lugar suyo, una ciudad septentrional, fría, pálida y silenciosa. Envuélvela un manto de nieve, el río se solidifica, y no presenta ya mas que una superficie helada, surcada acá y allá por rá-

Tomo x. 22

pidas narrias; algunas, procedentes de Laponia, van tiradas por renos.

Con frecuencia un cielo nebuloso y aplomado cubre la ciudad muda; otras veces el sol resplandece como en los mejores días; pero sus rayos, descompuestos por la condensación del aire, se rompen sobre las doradas cúpulas de las iglesias, que se ven brillar en el espacio con una luz roja y siniestra, semejante á aquellos globos alumbrados en lo alto de las torres, que anuncian durante la noche algún incendio á los consternados habitantes (1).

La nieve endurecida resiste las ruedas de los carruages, que producen un sonido metálico y vibrante. Por otra parte, su espesor debilita en las calles el ruido de los vehículos, que se deslizan y pasan con rapidez como por encanto. Los pedáneos, envueltos en espesas pieles, transitan igualmente silenciosos, y como si desearan llegar pronto al parage donde se encaminan. No se ven mercaderes ambulantes como en la buena estación, llevando sus mercancías sobre la cabeza, y anunciando con gritos lo que venden; ni aun perros; en una palabra, nada que venga á turbar el silencio de la gran ciudad, á la cual creíamos dormida como cierta ciudad de un cuento árabe, sin otro movimiento que el que aparece durante la corta duración del día, el que por otro lado presenta una extraordinaria actividad (2). En ciertas calles, en la de Newsky, por ejemplo, está el movimiento aristocrático; en otros puntos, tales como la plaza de la Sennói y las calles adyacentes, el movimiento es enteramente popular. La *perspectiva* de Newsky (3) es una inmensa calle con anchas aceras, que presenta un aspecto perfectamente uniforme y pintoresco; pero en esta estación desaparece toda su belleza bajo una profunda capa de nieve, por donde transitan continuamente una infinidad de magníficos carruages. Esta calle, que comienza por la plaza del Almirantazgo, está cortada por los tres canales concéntricos, de los cuales hemos hablado en el artículo precedente: la Moika, el canal de Catalina y la Fontanka. El paseo de invierno se estiende entre el primero y el segundo de estos canales, que se pasan sobre anchos puentes de granito y de hierro de un trabajo hábil y atrevido. El último, el de la Fontanka, que se llama puente de Anitchkoff, cercano al palacio de este nombre, se distingue por cuatro caballos de bronce, obra admirable del barón Clot. Estos caballos corren sobre su base elevada; sus piernas traseras, finas y nerviosas, se plegan, y sus pies delanteros cortan el aire, y sus narices abiertas dejan escapar el humo ó el vapor de su agitado aliento.

Este puente sirve de límite al paseo aristocrático. La calle continúa siendo ancha y llena de magníficos hoteles; pero no tarda en perder su carácter para tomar el de los populosos barrios en que termina. Pero digamos de paso, que la perspectiva de Newsky podría llamarse calle de la Tolerancia, pues á escepcion de la capilla inglesa, reúne las iglesias de todos los cultos cristianos. Pasando al otro lado del puente Anitchkoff se encuentra una mezquita.

Es preciso ver la perspectiva de Newsky en un hermoso día de invierno; entonces que el cielo es puro, el aire seco

y la nieve brillante. Sobre la parte septentrional de este sitio se apiña una multitud compacta de elegantes paseantes; hermosas señoras adornadas con lujo, y ciñendo trages de colores preciosos y variados; las ricas pieles, el terciopelo, los cachemires de las Indias, flotan y besan la nieve. La mayor parte de los hombres son militares; dan el brazo á las señoras, y pasean juntos con aspecto mesurado y marcial. Los lacayos con brillantes libreas siguen á sus amos, al paso que los coches y narrias caminan despacio por en medio de la calle, ó esperan estacionados en un parage indicado.

El centro de la calle no está menos animado. Suntuosos carruages tirados por cuatro caballos hacen crujir la nieve al contacto de las ruedas. Los cocheros con su larga barba, sus ropones de paño ceñidos á la cadera por un cinturón de seda ó de oro, y sus gorros tártaros guarnecidos con la cebelina, conducen estos coches con una gravedad y una destreza estremadas. Un joven postillon, vestido como los cocheros, niño de diez ó doce años, monta uno de los primeros caballos, con su caftan ceñido en derredor de sus piernas, semejante á un pantalon turco.

La perspectiva de Newsky es un excelente observatorio para examinar los tipos y las costumbres de Rusia; popes (sacerdotes), campesinos de todas las provincias, mercaderes tártaros, judíos, etc., uniformes militares, circasianos de la guardia imperial, etc., etc.

Al través de todo esto, las angostas narrias pasan y se deslizan tiradas por cuadrúpedos de una maravillosa velocidad. Muchas veces suele distinguirse entre estos carruages un coche elegante de dos ruedas, con adornos azules, tirado por cuatro caballos, con dos lacayos en la trasera puestos de pie en traje de cosacos. Este coche, que lleva las armas de Rusia, pertenece á la emperatriz. Detrás camina una narria de una construcción muy sencilla, que vuela sobre la nieve tirada por un vigoroso caballo negro; un militar de elevada estatura va sentado en el centro de este vehículo; á pesar de la modesta capa en que va envuelto, por su actitud grave y magestuosa, revela al punto que es el emperador. Lo mismo que la emperatriz, sale del palacio Anitchkoff para trasladarse al palacio de invierno. Algunas veces detiene su narria y se confunde con los demás paseantes de la calle. Al verle, los oficiales y todos los grandes se paran para saludarle militarmente, á cuyo saludo corresponde el emperador con política y grave benevolencia.

El emperador Nicolás se complace en pasearse solo y á pie en las calles de su capital. La perspectiva Newsky y el malecón Inglés son sus dos paseos favoritos; pero está prohibido á los transeúntes pararle ó presentarle memoriales con peticiones de ninguna clase; la medida es general, y añadiremos que es muy necesaria, pues de otro modo el emperador no podría dar un paso sin ser detenido á cada instante con este género de peticiones. Diremos en seguida lo que sucedió sobre el particular hace algunos años; la relación nos fué transmitida por el héroe mismo de la anécdota.

El emperador frecuenta con gusto el Teatro Francés, y puede decirse que el de San Petersburgo justifica bajo todas consideraciones esta preferencia. Entre los actores, había uno á quien el czar miraba con predilección, porque le agradaba sobremanera: el célebre Vernet le divertía por sus maneras graciosas, y por lo bien que ejecutaba sus papeles.

(1) En todos los barrios de San Petersburgo, donde reside la policía se eleva una torre, en lo alto de la cual, globos de fuego anuncian los incendios durante la noche.

(2) Durante los meses de diciembre y enero no hay en San Petersburgo más que cinco ó seis horas de día.

(3) Las calles tiradas á cordel se llaman *perspectivas*.

Cierto día se paseaba el czar por la perspectiva de News-ky. La multitud se alineaba en dos filas á su tránsito y le saludaba como de costumbre. Su magestad apercibió á Vernet que se alineaba como los demás, y se dirigió desde luego á él. Era un honor del cual estuvieron muchos celosos, y que desconcertó extraordinariamente al modesto actor.

—¿Os verá esta noche, Vernet? le preguntó el emperador.

—Sí, señor; yo tendré el honor de representar delante de vuestra magestad *le Pere de la Debutante*.

—Me place, porque estais muy bien en esa pieza y os aplaudiré con gusto.

—Vuestra magestad es muy indulgente.

El emperador le dirigió otras cuantas palabras lisonjeras y continuó su camino.

Pero un *nadziratel* (oficial de policía) habia sido testigo de la conversacion, y despues que el emperador se hubo alejado, se aproximó al artista y le dijo:

—Vos habeis hablado con el emperador, caballero, y es menester que me sigais.

—¿Cómo! repuso el artista escusándose, á quien el oficial civil no comprendia. Es su magestad la que ha querido hacerme el honor de aproximarse á mí...

—¿Qué dice? dijo el de la policía dirigiéndose á un curioso que juzgó debia comprender el francés.

—Dice que es el emperador quien se ha acercado á él.

—¡A él!... Vamos, vamos... seguidme, caballero, y que yo no lo repita.

—Yo sí que os repito que no soy culpable, sino el emperador. Soy Vernet, actor del Teatro Francés; el emperador me conoce.

Lo que el oficial de policía comprendia mejor que nada, era que el actor se resistia, y cogiendo de pronto á Vernet por el brazo, le dijo que si no queria seguirle por bien llamaria á un compañero y le llevarian por fuerza.

El artista no tuvo mas remedio que ceder; el oficial de policía le condujo al puesto mas cercano, donde le encerró.

Llegó la noche, y poco despues la hora del teatro. Vernet no se presentaba. Fueron á buscarle á su casa y dijeron que no se habia presentado desde que salió de ella por la mañana, y el director de escena se vió precisado á variar la funcion.

El emperador vino á ocupar su palco como se lo habia prometido al actor, y le disgustó no ver representar *le Pere de la Debutante*, y se asombró viendo que Vernet tampoco tomaba parte en las piezas que se ejecutaban.

Quiso saber la causa y se dirigió al director, el cual le anunció la desaparicion del artista. Como notase el descontento del soberano:

—Señor, se apresuró á decirle, no he sabido nada hasta el momento de irse á levantar el telon; pero he dado orden para que Vernet sea buscado sin tardanza.

El emperador quedó un rato pensativo, mas de pronto se dió una palmada en la frente:

—Yo soy la causa de este mal, dijo. Esta mañana encontré á Vernet y le hablé un momento... El pobre estará preso. Pronto, que le pongan en libertad.

Un cuarto de hora despues Vernet estaba libre y entraba en el palco del emperador, quien le habia mandado llamar.

—Siento mucho, le dijo el emperador sonriendo, lo que os ha sucedido por mi causa. Olvidadlo, yo os lo ruego, y ved si os puedo servir en alguna cosa. Veamos lo que me teneis que pedir.

—Pues que vuestra magestad quiere concederme una gracia, respondió el artista, suplico que en adelante no me hagais el honor de acercaros á mí cuando yo os encuentre en la calle.

El emperador se sonrió y despidió afectuosamente á Vernet, quien no tuvo motivos para quejarse del contratiempo.

En la perspectiva de Newsky se encuentra el gran bazar, ó *Gostinof-dvor* ruso, vasto mercado asiático que hace recordar involuntariamente el de Bagdad ó el de Basora. Es un inmenso edificio de forma cuadrada, que contiene un patio y almacenes interiores no menos estensos. Sus cuatro fachadas están circuidas de una galeria abovedada, baja y pesada. El bazar está dividido por *lineas* ó compartimientos, consagrados á las diversas especialidades de mercancías; aqui se venden paños, allí porcelanas, allá novedades, tapices, armas, papel, etc. Todos estos objetos proceden generalmente de las manufacturas nacionales; tambien se venden allí á precios muy inferiores los mismos objetos importados de Occidente, lo que no impide al mercader ruso juraros que su mercancía es estrangera, y pedir por ella el triple de su valor.

Cada mercader está de pie delante de su tienda; un dependiente está á su lado, y estos dos hombres, envueltos en pieles de pies á cabeza, dirigen á los transeuntes las mas seductoras provocaciones:

—Dignaos comprarme este paño inglés, sedas de Lyon, cintas de París, guantes de Suecia, pañuelos de la India, etc.

Hemos dicho que todos los objetos vendidos en *Gostinof-dvor* son productos indígenas, y por lo tanto los mercaderes no sabrian engañar á nadie.

Yo recorrí un día el barrio de los Tártaros con un amigo; andábamos por la *línea* de las batas, artículo cuyo monopolio se han reservado los antiguos vencidos de Casan. Mi compañero, aturdido con las provocaciones de un viejo mercader calmuco, entró en su tienda. Pusieron á su vista una montaña de batas; escogió una pequeña, de seda cruda de Persia perfectamente imitada en Moscou.

—¿Cuánto vale esta bata? dijo al tártaro.

Entonces éste se puso á elogiar su mercancía.

—Sois un perfecto conocedor, á fé mia; de todas estas batas habeis escogido la mejor, la mas rica y la mas elegante. Tres principes me han comprado las compañeras, y ayer mismo tres generales han querido comprar esta.

—¿Es posible? pero yo os pregunto el precio de ella, repitió mi compañero.

—Señor, os juro á fé de tártaro que os durará toda la vida; la tela es fuerte y bien tejida...

—¿Otra vez? el precio.

—Vos me creereis cuando os diga que S. E. el gobernador de Voroneja me ha mandado hacer media docena de esta misma clase.

—Y yo quiero saber el precio de esta.

—Al momento, señor; solamente debo antes haceros observar que no encontrareis en ninguna de las tiendas de mis cofrades una bata que venga como esta directamente

de Erzeroum; miradla despacio; mirad qué tejido, qué paño, qué flexibilidad, y después qué colores, qué brillo...

—Corriente, no me opongo; pero tened la bondad de decirme cuánto queréis por ella?

—Lo diré, señor; pero cumple á mi deber deciros además, que un ayudante de campo del emperador...

Mi compañero exasperado quiso salir.

—Escuchad, señor; si esta tela fuese una imitación hecha en Moscou...

—¿Otra vez?

—Podiera daros la bata por noventa rublos; pero de seda de Erzeroum no sería bien pagada con doscientos rublos; pero, sin embargo, haré un sacrificio y os la daré por ciento cincuenta rublos.

—¿Estais loco? dijo al momento el comprador, decid mas bien que no queréis venderla.

Y se dispuso á salir.

—Vamos, no os enfadeis, alto señor noble; ciento cin-



Abastecedor ambulante del Gostinói-dvor.

cuenta rublos es lo que vale, y es lo que ha pagado por una igual el gobernador de Tamboff.

—Yo creí que era el de Voroneja.

—¿Dije el de Voroneja? Si, es verdad; el gobernador de Voroneja que tomó la compañera; pues bien, él ha pagado ciento cincuenta rublos, y vos la llevareis en ciento veinte y cinco.

—Vamos, dejadme salir... con tanta mas razón, añadió señalándome, cuanto que el señor se impacienta.

—Esperad, dijo el mercader apoderándose de la bata; aquí la teneis por cien rublos, y no hablemos mas de asunto.

—Os ruego que me dejéis salir: no quiero repetirlo.

—¿Cuánto da vuestra esclencia?

—Yo no pongo precio después de una petición tan estravagante.

—¿Qué severo sois, señor! ¿Si yo os la diera por setenta y cinco rublos?

—Bajad mas.

—¿Mas todavía? dijo el tártaro afectando un ademán de admiración. Pues bien, os la doy por cincuenta rublos; pero ni un *copec* menos.

Miré á mi compañero que permanecía impasible.

—¿Queréis por ella veinte rublos? dijo al mercader, que comenzó á dar gritos.

—¡Veinte rublos! mi noble señor ¡veinte rublos! Sin duda queréis divertirlos conmigo ¡veinte rublos! Ni con el doble sería bien pagada... ¡Veinte rublos por una bata que el gobernador de Nijui...

—¿Ahora es el gobernador de Nijui?

—De Nijui ó de Simbirsck, me trastornais... Vos habeis dicho treinta rublos, dadme cuarenta y asunto concluido.

—He dicho veinte, y no perdamos tiempo.

Esta vez salimos de la tienda; no habíamos andado diez pasos por la galería cuando el tártaro nos alcanzó.

—Esclencia, dijo con ademán humilde, tomadla; bueno es hacer un sacrificio, pero este es enorme; con otras dos ventas de esta clase me arruino.

—He pagado el doble de su valor, me dijo al oído mi compañero.

Mientras que los lujosos carruages al otro lado de la perspectiva, á la puerta de los almacenes extranjeros, y las princesas moscovitas seguidas de sus lacayos, hacen desplegar los ricos géneros de Francia é Inglaterra, modestas narrias se estacionan delante de la galería de Gostinói-dvor, donde las mugeres de los empleados, las jóvenes de la clase media, compran objetos de moda procedentes de las manufacturas de Moscou, y por consecuencia á un precio proporcionado á la medianía de su fortuna.

Aquel también es un punto de reunión para los jóvenes de la misma clase que pasean por debajo de las bóvedas para espiar una mirada ó cambiar un signo burlando la atención de una madre, para hacer de este modo el prefacio de una novela que tiene al fin el desenlace de todas las novelas clásicas.

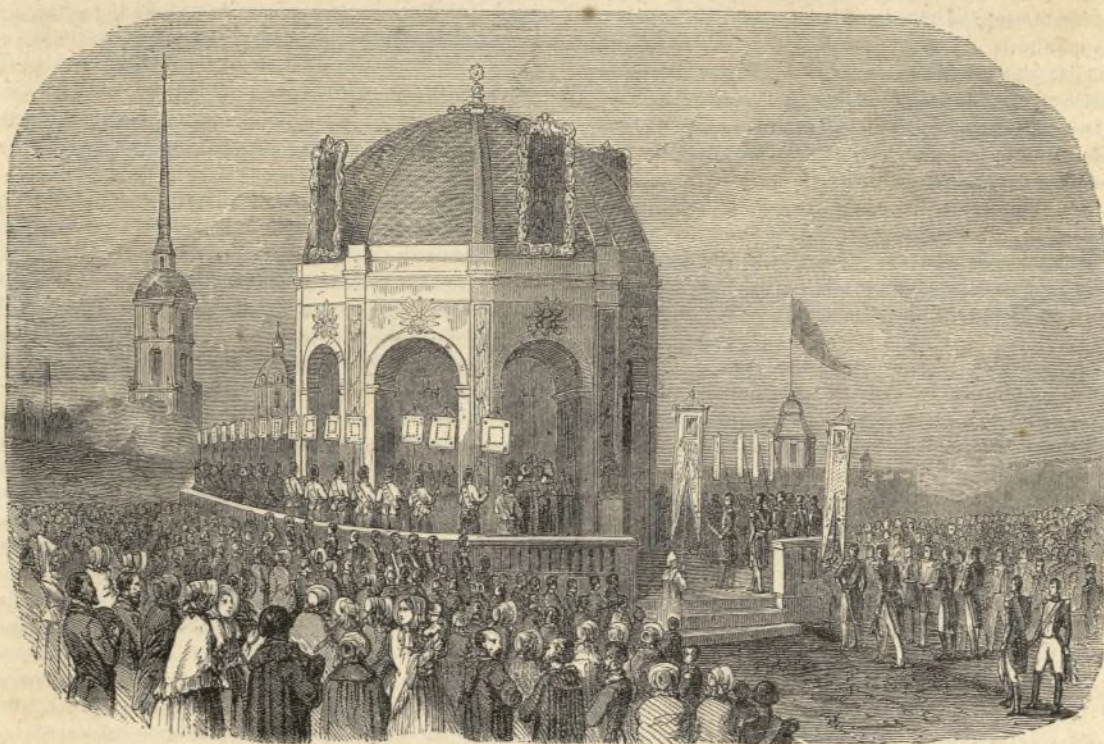
Un personaje importante que no es posible dejar pasar en silencio al describir el Gostinói-dvor, es el restaurador ambulante del lugar. Como los mercaderes no pueden hacer preparar sus alimentos en el interior del bazar, donde está severamente prohibido encender lumbre (1), y como no pueden abandonar su comercio para buscar alimentos en sus casas, tienen necesidad de haberse á las manos una cocina siempre dispuesta para su comida durante el día. Esto es lo que le ofrece con abundancia el suministrador á que nos referimos.

Vestido con una especie de camisa de piel de carnero, ceñida á la cadera por un cinturón de cuero, y cubierta la cabeza con un gorro rodeado de pieles, circula por la galería cargado con una especie de caja, donde lleva huevos duros, y unos peces fritos parecidos á nuestras sardinas, que llaman *siguis*; también lleva queso de diferentes clases, y unos pastelillos conocidos allí bajo el nombre genérico de *piroguis*. También lleva dentro de la caja *boulkis*,

(1) En 1752, el Gostinói-dvor, entonces de madera y situado en el primer canal, fué completamente devorado por las llamas. La emperatriz Isabel le hizo reconstruir tal como existe actualmente, es decir, de piedra y con bóvedas para anular el incendio todo lo posible. Sin embargo, para alejar hasta la sombra del peligro, se decretó no se admitiese luz ni fuego en la parte interior de dicho edificio.



Casa y trages rusos: danza popular.



Fiestas de la Epifanía. Bendición de las aguas, procesion en derredor de la capilla elevada sobre el Neva.

que son unos panecillos redondos muy blancos y de un esquisito sabor.

Detrás de este abastecedor, que va parándose sucesivamente delante de todas las tiendas, camina el vendedor de té con su fuente envuelta en un gran paño para que conserve el calor; los rusos son muy aficionados al té, y jamás le beben en taza, sino en vaso.

Es muy raro que el mercader del Gostinói-dvor gaste mas de once cuartos para su alimento de todo un día, sin que por esto se imponga una privación, pues el ruso es naturalmente muy sóbrio. Puede afirmarse sin exageración, que la falange de los obreros empleados en los grandes trabajos de la corona (trabajos públicos), se alimentan á la manera de aquellos que elevaron en otro tiempo las grandes tumbas de los Faraones. Un cohombro fresco con sal y un pedazo de pan de centeno, y unos cuantos tragos de kwas, licor hecho con pan de centeno fermentado, constituye su alimento ordinario durante toda la buena estación. En el invierno el cohombro está salado; añadamos á lo dicho que estos hombres son vigorosos, robustos, y que tienen una dentadura admirable.

En otra época las tiendas del bazar ruso eran húmedas y sombrías. Sus puertas de hierro, siempre abiertas, quedan espuestas á todo el rigor del aire exterior. Poco á poco han ido penetrando allí la elegancia y comodidad modernas; aun cuando la trastienda está adornada con lujo, y ofrece comodidad al mercader, no por eso deja este de estar de centinela en la parte de afuera para provocar al transeúnte.

El extranjero se admira al oír estas invitaciones tan multiplicadas, y durante las cuales su oído no percibe mas que una serie de silbidos que figurarían bien la pronunciación fuertemente acentuada de la letra *s*, repitiéndose hasta lo infinito.

Quise algunas veces obtener la explicación de esta pronunciación ornitológica, y me dijeron lo siguiente:

La letra *s* es, en ruso, un signo, una expresión abreviada de política; ocupa el lugar de *soudar* (señor), de la cual es una construcción; *soudar* para el masculino y *soudarina* para el femenino. Por eso *gospodin's* equivale á *gospodin soudar*, caballero señor.

La civilización moderna, decimos, ha comenzado á penetrar en el Gostinói-dvor, y cada día que pasa destruye algún rasgo de su carácter nacional.

II.

El amor de invierno.—La estación de los caminos.—El mercado de la Sennoi.—El árbol de Navidad.

¡Cosa notable! No es el verano con sus brisas suaves, sus flores, sus lípidas aguas, su sol brillante, sus noches sin sombra, sus conciertos, sus paseos campestres: no es esta magnífica estación la que afecciona particularmente al pueblo de San Petersburgo; ve llegar el verano sin encanto alguno, y puede decirse que mas bien le entristece que goza con él. Esto se concibe; su estación natural es el invierno; el invierno con sus hielos, con su escarcha, con su nieve universal. Aquella nieve le ofrece también caminos abiertos por todas partes, y las distancias desaparecen; el ruso las atraviesa sobre su ligera narria con una increíble rapi-

dez. El invierno es para él la estación de los caminos, según su lenguaje pintoresco é imaginado.

Por eso San Petersburgo llega á ser durante esta estación el punto de reunión de todos los mercaderes que acuden allí de setenta á ochenta leguas á la redonda.

El mercado de la Sennoi presenta un aspecto bastante original durante la primera quincena que precede á las fiestas de Navidad, las que el pueblo celebra en Rusia por una larga serie de comidas en familia donde preside una abundancia enteramente primitiva.

La vasta plaza de Sennoi se divide en anchos departamentos que armonizan con los diferentes comestibles que allí se ponen á la venta pública. Desde por la mañana, en medio de una multitud que se apiña, que se empuja y ondula como las olas del mar, el dueño del hotel, el de las grandes casas, y el humilde cocinero del parador mas modesto, llegan allí para hacer su provisión de Navidad. Durante la compra y venta de estos comestibles se presenciaban en este parage las escenas mas graciosas al lado de las mas estravagantes que constituyen la alegría de los curiosos que mientras dura esta semana convierten la Sennoi en verdadero paseo.

En este tiempo es cuando el pueblo se encuentra mas animado; se abren las tabernas para no cerrarse ni de día ni de noche, y los moujiks (campesinos) se guarecen liberalmente del escésivo frío por medio de repetidas libaciones alcohólicas. El aguardiente nacional es su bebida favorita, su néctar, su Leteo; no hay males, no hay sentimiento que no disipe esta bebida fermentada que proporciona al momento la embriaguez.

Pocos se escapan de ella; pero es preciso decir de paso que la embriaguez de los rusos es completamente inofensiva. La exaltación que produce, se manifiesta al principio por medio de alegres cantares, y no tarda en trasformarse en una verdadera efusión de ternura. Uno de estos hombres trastornado con los vapores del alcohol conversaba un día dando vaivenes con el pilar de una esquina, al cual abrazaba y le decía, su consuelo, su alma querida, su corazón y su paloma.

Pero llega la víspera de Navidad, y el frío es seco y penetrante; un movimiento inusitado se observa en todos los barrios de la ciudad.—Anuncia una gran festividad.—Las narrias han dejado de conducir vitualas para cargarse de pequeños conos de pino. Son los árboles de Navidad, muy apreciados de los niños; las narrias deben aquella misma noche iluminarse con bujías, llenarse de juguetes y de distintas clases de regalos, según la posición y el rango, y sobre todo la fortuna de las familias. En todas partes donde hay niños, lo mismo en las casas mas opulentas que en las mas pobres, se levanta un árbol de Navidad. Esta costumbre, procedente de Alemania, se ha hecho mas popular en Rusia y hoy forma parte de sus mas íntimas costumbres.

He aquí el momento de la fiesta.—El árbol aparece lleno de luces.—En sus ramas se ven suspendidas una infinidad de frutas secas, y debajo de sus ramas están colocados los regalos para los niños.—Muchas veces, en las casas pudientes, una lotería termina el sarao; esta lotería se compone de regalos numerados que se destinan á los concurrentes, entre los cuales se distribuyen, cuya generosidad cuesta algunas veces de diez á quince mil rublos.

Ocioso es manifestar la alegría y la algazara de los niños

al aspecto de este árbol brillante y generoso que les ofrece tantas cosas á la vez. Ahora describiremos á nuestros lectores una escena poco conocida, y no menos inocente y cándida; ella revela uno de los rasgos de la antigua superstición eslava.

(Se continuará.)

ANECDOTAS HISTORICAS.

CANTANTE Y EMPERATRIZ.

El génio de Pedro el Grande ejerció tal influencia en el movimiento intelectual de la Rusia, que se le mira como el fundador de este vasto imperio. Apenas se pronuncian los nombres de los monarcas que le precedieron. Sin embargo, los de Wladimiro, Ivan el Grande, Alexis, merecen pasar á la posteridad por haber realizado las letras y las artes y dado un vivo impulso á los estudios musicales. En las costumbres de los antiguos slavs, sometidos al gobierno de los príncipes del Norte, se encuentran tipos característicos, originales que son dignos de fijar la atención.

Cuando el czar quería casarse, los señores de la corte se ponían en marcha y recorrían el país buscando las jóvenes mas bonitas y seductoras de las primeras familias. Su número ascendía de sesenta á ciento. Se las reunía en el palacio de Kremlin, donde permanecían hasta el día en que el príncipe debía indicar á los cortesanos cuál era la elegida para compartir con él la corona. Todo el tiempo que aquellas jóvenes permanecían en palacio estaban incomunicadas. El czar solo, con un disfraz y algunas personas autorizadas por él, penetraban cerca de ellas para apreciar sus talentos ó sus bellezas. Mientras, el bufon del rey recibía la orden de ponerse las insignias reales para representar al príncipe. Las jóvenes, engañadas por las apariencias, dejando entrever su ambición, trataban de fijar las miradas del falso monarca y despreciaban al verdadero.

Alexis, hijo de Miguel, padre de Pedro el Grande, respetó esta costumbre. Se despojaba de su grandeza y sus insignias, y vestido como particular, visitaba los castillos de los señores, las casas de los ciudadanos y las cabañas de los labradores. Cuando llegaba á casa de sus favoritos, se hacía anunciar, comía con ellos y disfrutaba algunas horas de feliz abandono. Sobre todo le gustaba visitar y sorprender á Matweel, uno de los principales consejeros de la corona.

Un día llegó á su casa con trage de capitán de guardias, en el momento en que Matweel le esperaba menos. Los dos se sorprendieron. Al atravesar la antecámara, Alexis había creído oír una voz pura, sonora, de maravillosa suavidad, que cesó cuando el príncipe entró en el salón. El czar, á quien habían impresionado vivamente aquellos deliciosos acentos, se conmovió mas al ver la joven música, que era de extraordinaria belleza, y cuyas mejillas se colorearon de vivo rubor al aspecto del importuno visitador.

Para conformarse con las órdenes del czar, Matweel le recibió como un oficial y le invitó á sentarse á la mesa. Alexis accedió á ello.

La conversacion se hizo animadísima; pero cuando el czar dirigió la palabra á la bella desconocida, se admiró de la distinción de sus maneras y lo elevado de su entendi-

miento. Suplicola que cantara algunas de sus canciones favoritas: la joven las ejecutó de buena voluntad, se la oyó con gusto, y cuando la doncella se retiró, no la vió marchar sin sentimiento.

—¿Quién es esa joven? preguntó Alexis.

—Señor, es la señorita de Narichkin, hija de un pobre caballero, que por su miserable estado se ve precisado á vivir en una ciudad retirada. Me ha encargado la educación de su única hija: yo lo hago con interés, y puedo decir que no he sembrado en tierra estéril; á una viva inteligencia y á un gusto exquisito, reúne Natalia una dulzura y una docilidad que son causa de que la mire como á mi propia hija.

—Está bien, replicó el czar, continuad celando por ella: yo me encargo de su dote y de encontrarla esposo. ¿Sabéis quién soy?

—No señor; como nunca sale, no ha visto á V. M.

—Guardaos bien de decírselo.

Alexis se retiró pensativo. La bella Natalia le había causado una viva impresion. A la segunda entrevista la encontró mas seductora: sus visitas se hicieron mas frecuentes; cuando pasaba las noches enteras á su lado, el corazón le palpitaba en presencia de aquella criatura encantadora, cuya melancólica mirada, imaginación poética y voz melodiosa y penetrante, ejercían en él una irresistible fascinación. Dotado de un alma ardiente y apasionada, artista de corazón é inteligencia, Alexis amaba apasionadamente la música, tanto que se esforzaba por difundir la afición á ella y propagar su conocimiento por sus estados. Muchas veces se divertía en reunir en su palacio de Moscow á cuantos jóvenes sabían ejecutar las canciones nacionales; pero nunca había oído una voz que se prestase tanto como la de la joven Natalia á todas las dificultades del canto ligero y gracioso, expresivo y enérgico.

Muchas veces los primeros rayos del sol sorprendían á Alexis estasiado ante aquella maravillosa sirena que sabía dar una expresión de ternura indefinible, de tristeza exaltada, á los acentos llenos de vigor de las baladas melancólicas, de las melodías originales y de las canciones pintorescas de su país.

Durante estas entrevistas, Alexis conservaba el uniforme de capitán de guardias, y como Matweel no osaba descubrir el secreto de su soberano, su pupila permaneció en una completa ignorancia del rango de Alexis, al que trataba familiarmente como á un amigo de su tutor.

Matweel se encontraba en una posición difícil: no se atrevía á romper la intimidad del czar con Natalia, mientras conocía que su deber era proteger á la joven contra una seducción que ella no podía ni comprender, ni adivinar.

El día de la gran ceremonia se acercaba. Los señores estaban de vuelta de su viaje, y ya habían encerrado en el palacio de Kremlin las sesenta flores mas bellas del jardín de la Rusia. Las damas de Moscow preparaban sus mejores adornos: toda la ciudad se agitaba, todo estaba en movimiento: el czar solo no cambiaba nada en sus hábitos, y continuaba al lado de Natalia.

Matweel, sombrío é inquieto, pensaba en el triste desenlace de esta desgraciada pasión, cuando el czar se presentó ante él mas alegre que de ordinario.

—Te he prometido, le dijo, ocuparme de la suerte de tu pupila. Hé aquí el momento en que quiero pagar mi deuda.

Tú sabes que mañana elijo esposa. Quiero que Natalia asista á esta solemnidad, que ostente todos sus encantos y que escoja entre mis cortesanos el que ha de ser su esposo.

Cañonazos repetidos anunciaban á los habitantes de Moscow, que habia llegado el momento en que Alexis debia tomar esposa. La gran sala de Kremlin ofrecia un magnífico golpe de vista. Los caballeros lucian sus mas ricos uniformes: las damas rivalizaban en elegancia: las máscaras se agitaban y bullian.

Todas las miradas se fijaron en las jóvenes que solicitaban la corona imperial: la princesa Isabel Barbarykin, llamó la atencion especialmente, y creia no tener rivales: unia á su rango una belleza maravillosa.

Un máscara, con traje mas magnífico que el de los otros, entró rodeado de cortesanos en la sala. Todo el mundo le tomó por el czar, y la princesa Barbarykin no cabia en sí de alegría cuando el encubierto se acercó á ella.

Natalia, con un traje sencillo, permanecia en un rincón de la sala con el viejo Matweel, examinando al máscara que paseaba con la princesa. Matweel conoció al czar, que en traje de capitán se acercaba á Natalia.

Natalia, satisfecha de ver al amigo de su tutor, le preguntó con su amabilidad acostumbrada si el czar habia ya escogido esposa.

—Todavía no, replicó Alexis; pero si deseais verle yo os conduciré á su presencia.

—Estoy bien aquí.

—¿Quién sabe si agradareis al príncipe?

—Yo no ambiciono la corona.

—Esa es mucha modestia.

Natalia, viendo que el capitán insistia, le dijo tristemente y en tono de queja:

—Me conocéis mal, y me ofendeis.

Suspiró entonces, y dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

Alexis comprendió que era amado, y lleno el corazón de alegría, dijo:

—¡Que se quiten las máscaras!

Al instante un profundo silencio sucedió al rumor de la fiesta: todos los corazones palpitaban. Todos querian adivinar la elegida por su soberano para tributarla sus homenajes.

¿Quién puede imaginarse la rabia de la princesa de Barbarykin, cuando conoció que el pretendido czar no era otro que el bufon de Alexis? Terrible fué su sorpresa cuando contempló la corona sobre la frente de Natalia Narychkin, y dijo estas palabras:

—Vasallos de Moscow, hé aquí á vuestra emperatriz.

La habilidad musical de Natalia fué, antes que su rara belleza, origen de su fortuna, y no lo olvidó. De acuerdo con el czar, dió verdadero impulso á las artes y á los artistas; y sus favores fijaron en Rusia muchos músicos italianos, alemanes y franceses. Entonces fué, durante este reinado, cuando se hicieron en Moscow las primeras tentativas para fundar la ópera nacional.

TRADUCIDO POR L. M. LARRA.

EL CORTESANO CONVERTIDO EN REY.

Jacobo VI de Escocia, en su ascension al trono de Inglaterra en 1603, llevó consigo algunos nobles escoceses. Entre ellos, uno llamado Ferguson, se singularizaba por su honradez y desinterés. Como habia sido el compañero y camarada en los juegos de Jacobo, durante su juventud, con mucha frecuencia se tomaba la libertad de aconsejar, reconvenir y aun reprender á su soberano. Sin embargo el rey se disgustaba á menudo por estas familiaridades, y últimamente le dijo medio risueño y medio grave, ó como vulgarmente se dice, en tono agri-dulce:

—Incesantemente estais censurando mi conducta, Ferguson; un dia voy á haceros rey, y entonces veremos qué especie de soberano haceis.

Con efecto, un dia en que Jacobo se encontraba de buen humor en medio de sus cortesanos, llamó á Ferguson, y le dijo que se sentara en el sòlio, y que en él representara el papel de rey, mientras él representaba el de Juan Ferguson. El supuesto soberano inmediatamente se revistió de la dignidad monárquica y habló como si fuese el rey, aun cuando con menos pedanteria. Todos aplaudian extraordinariamente la chanza, hasta que por último, el fingido monarca comenzó á moralizar acerca de la vanidad de los honores, de las riquezas, etc.; sobre la perfidia, la venalidad y la corrupcion de los artesanos, demostrando, cómo estos seres no atendian mas que á su propio y exclusivo interés, y cómo generalmente su decantado celo no era otra cosa que la falsedad enmascarada.

Este discurso produjo un visible cambio en el ánimo de algunos de los oyentes, y el mismo Jacobo no se manifestó muy satisfecho; pero Ferguson no se detuvo aquí, pues levantando la voz y señalando al rey, que á la sazón representaba la persona de Ferguson, dijo:

—Allí está un hombre al cual yo quisiera que imitárais: ese hombre honrado fué el camarada de mi niñez, y en este momento me mira con la afeccion mas cordial del mundo. El ha patentizado su cariño hácia á mí por todos los medios que han estado á su alcance, procurando mi felicidad, guardándome de los malos consejeros, escitándome á ejecutar las mas levantadas acciones y libertándome de todo peligro; y á pesar de todo esto, jamás me ha pedido en recompensa la cosa mas insignificante; y por Jove! aunque yo he disipado gran parte de mis riquezas con algunos de vosotros, no obstante, en todo el curso de mi vida jamás le he dado ni siquiera un penique.

Jacobo, no atreviéndose á dilatar mas tiempo una escena que producía semejante serie de sarcasmos, exclamó en dialecto escocés:

—*Augh! zy you pawky loon; what wad ye be at? Awa aff my thrane, and let's hae mair o' your namente.*

En español.—¡Oh! bribon descarado, ¿qué estás diciéndolo? Bájate de mi trono, y no nos entretengas mas con tus disparates.

TRADUCIDO DEL INGLES.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Los siculos. (Szekhelyek).

CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DE LA HUNGRIA.

Los destinos humanos se rigen por leyes inmutables é imprescriptibles: las naciones se suceden unas á otras, y desaparecen después de haber desempeñado con mas ó menos exactitud la mision que les designara la Providencia. No es tan dolorosa la muerte cuando nos sorprende íntimamente convencidos de que hemos cumplido con nuestros deberes; ¡cuánto mas terrible deberá ser para aquellos que dotados de todos los dones de la naturaleza, jóvenes, llenos de vigor, pero detenidos en medio de su carrera, se ven condenados á terminarla prematuramente después de haberla principiado con tanta gloria y lucimiento!

Entre los pueblos víctimas de estas vicisitudes humanas, debe ocupar preferente lugar el madgyar, cuya fama y nombradía se difundió por todo el universo desde el siglo XIII hasta el XIV. Desde aquella época, la influencia estrangera ha paralizado sus progresos exteriores, y retardado su desarrollo nacional: muchas veces, inflamado con el santo amor de la independencia se ha pronunciado semejante al leon que hace esfuerzos para hacer pedazos las cadenas que lo aprisionan. ¡Heroismo inútil! Recientemente, al estrépito de la mas encarnizada lucha que jamás se haya verificado entre la libertad y el despotismo, la Europa ha permanecido como dormida é indiferente, cuando la na-

cion madgyara, llena de gloria y honor, después de haber puesto al Austria á dos dedos de su ruina, y sostenido un choque contra las innumerables masas del ruso, ha vuelto á caer en sus cadenas: ¿será para siempre? No lo creemos: todavía no está cumplida su mision. Se necesita un centinela en los límites orientales de Europa, que enfrente y próximo á la esclavitud, esté alerta y vigile por la libertad y civilizacion.

En estos últimos tiempos la vida de la nacion madgyara es casi toda interior: consagrada al desarrollo de su nacionalidad, á las reformas modernas, es poco ó nada lo que ha obrado en el exterior: ¿será esto una razon para que se la desprecie y deje atropellar?

En la vasta armonia providencial que rige al universo, no debe considerarse á los pueblos únicamente con respecto á sus relaciones exteriores mas ó menos activas que median entre ellos: esto seria esponerse á cometer faltas enormes é injusticias irreparables. Al crear Dios los hombres y al dispersarlos por la tierra, ha depositado en sus senos una doble vida comun que deben ellos fecundar y desarrollar: la vida individual y la solidaria. De aqui el principio de unidad que los une entre sí. Pero este mismo principio ¿qué es, sino el desarrollo progresivo de la humanidad, y la elaboracion de la civilizacion universal?

Cuando un pueblo está dotado de una inteligencia que calcula, de un corazon que late, de una fuerza que obra, por aislado que esté su territorio, por misteriosa que sea su

existencia, ¿no es de presumir que encontrará en sí mismo además de los atributos generales de que hemos hablado, un tipo especial manifestado, llamando la observación, lleno de interés por la ciencia propendiendo á desarrollarse en beneficio de la humanidad? A pesar de su aislamiento, ó mas bien, gracias á él, aquel pueblo habrá conservado intacta su nacionalidad. Ahora bien, ¿no será en extremo curioso poder estudiar su posición moral?

Hoy día en que los idiomas se han hecho tan vulgares, en que el movimiento comercial y los progresos intelectuales han aproximado las naciones unas á otras, en que los tipos mas caracterizados se ven amenazados de alterar su originalidad bajo el imperio de las conquistas, me parece será una felicidad poder detener la vista sobre una nación fiel siempre á su individualidad, y poder estudiar tan singulares fenómenos.

Uno de los mas bellos privilegios de las naciones cultas, es el de poder reunir en algun modo bajo su cielo todas las naciones del globo, y estudiar su carácter: Roma, Atenas, el Oriente y el Africa, han traído unos tras otros á los pueblos civilizados los tesoros de su progreso é inteligencia: sin embargo, como estas regiones no pueden presentar casi nada que sea nuevo para ellos, será conveniente ponerlas en relacion con un pueblo sobre el que todavía no han podido fijar su atención, y cuya íntima índole, ahora mas que nunca merece ser estudiada despues que los últimos acontecimientos lo han rodeado de un esplendor que ha pagado bien caro.

A fin de dar una relacion tan completa como nos lo permitan los documentos tan diseminados, de la revolución magdyarense, no puede prescindirse de remontar hasta el origen de este pueblo, que tan famoso se ha hecho por sus hechos de armas como por sus ensayos y tendencias hacia la civilización.

El compendio de su historia, al mismo tiempo que dará mucha luz para conocer la índole de su gobierno, de su dominación y de su genio, explicará al mismo tiempo las causas de tantas revoluciones, y los motivos de un sinnúmero de sublevaciones que se remontan á épocas muy remotas, durante las que muchas veces la nación en masa corrió á las armas contra un hombre solo.

Estas vicisitudes, muy frecuentes en la historia de Hungría, son á la vez dramáticas é instructivas; así, pues, es de esperar que los detalles históricos que nos proponemos publicar en los números sucesivos de el *Museo*, satisfarán por ambos títulos el interés de nuestros consecuentes lectores.

LA VIRGEN DEL PUIG.

(TRADICION HISTORICA.)

Santa Maria ora pro nobis. Imago tua sit nobis tutrix, quæ fuit ab angelis in lapide sepulchri tui debolata, et ab eis asportata, ac apostolorum adventu decorata. Servi tui te colimus. Abige fulgura tonitrua sonitu campanæ, quam fecimus æra sexcentesima sexagesima. (Inscripción de la campana primitiva del Puig.)

I.

El rayo de la cólera divina se escapa de la diestra del Altísimo, rasga el nublado horizonte de la infeliz España, y escribe en los aires la sentencia de su ruina.

A sus lívidos resplandores se ven huir desbandadas las huestes cristianas, rotas, deshechas y perseguidas por las tribus agarenas.

La cruz se humilla ante la media luna; el verdadero creyente implora en vano piedad al sectario de Mahoma, y el genio del mal huella con su planta la noble cerviz de la vencida Iberia, mientras su ángel tutelar se cubre el rostro con las alas, cae de rodillas y levanta las manos al cielo pidiéndole misericordia.

Pero el cielo no oye su voz... Está escrito que el crimen de Rodrigo se lave con un mar de sangre; está escrito que la fé amortiguada se temple y renazca en la pira del martirio; está escrito que otra raza mas fuerte y valerosa venga á arrojar en las venas de los afeminados godos sávia fecunda de vida y regeneración.

La molición de los reyes, las rebeliones de la nobleza, el envilecimiento de los vasallos y el libertinaje de los ministros del altar, han colmado el abismo de la bondad eterna. ¡El Omnipotente ha desviado sus ojos de la infortunada España, y no los volverá á ella sino tras largos años de sangrienta y terrible espriación!

Al soplo de su aliento que abate las naciones, los infieles como un torrente desbordado se derraman por todo el ámbito de la Península; su bandera vuela de torre en torre precedida por la victoria.

Ciudades entradas á saco, pueblos reducidos á escombros, campos incendiados y cadáveres por todas partes, señalan el camino que llevan.

El anciano ve profanadas sus canas; muere el padre defendiendo á sus hijos; sucumbe la virgen ahogada entre los brazos de los que intentan ajar la flor de su decoro; estrecha la madre al tierno infante contra su corazón, y herida mortalmente, se arroja al suelo, le cubre con su cuerpo y no le abandona hasta que espira; cae el sacerdote al pie del ara y se abraza á ella, oponiendo la santa imagen del Crucificado á los fieros golpes del alfanje enemigo; la imagen y la mano que la sostiene vuelan por el aire, y el ara y el templo profanados, el pastor y su grey impiamente sacrificados, desaparecen entre las llamas que los bárbaros encienden para celebrar su fácil triunfo...

Tal era el aspecto que ofrecía España en los primeros años de la conquista.

II.

Hay en el reino de Valencia, á dos leguas de la ciudad de este nombre, una villa que se llama el Puig, situada en una especie de valle entre dos montes pequeños.

Su excelente posición inmediata al mar, su apacible temperatura, su deliciosa vega, la fertilidad de su suelo regado por abundantes aguas, y sobre todo, sus recuerdos históricos y la imagen sacrosanta que allí se venera, atraen todos los años por el mes de setiembre una numerosa y escogida concurrencia de la capital y demas pueblos de los alrededores.

Esta villa, hoy insignificante, tuvo en otros tiempos gran importancia, y no falta quien asegure que fué fundada mil trescientos ó mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, por una colonia de griegos que aportaron á las playas de Valencia en esa época.

Pero sea de esto lo que fuere (que tampoco nos interesa

gran cosa saberlo á punto fijo), es indudable que ha existido allí un templo antiquísimo llamado *Fano de Venus*, consagrado á esta diosa, y que se arruinó ó fué arruinado, ocupando su lugar, en el siglo primero de la iglesia, un monasterio de monges basilios.

Dominada Valencia por los moros, edificaron estos un castillo en el Puig, en el mismo parage donde hoy apenas se ven algunas ruinas en el peor estado.

Tan ventajosa era la posición de este castillo, que el invicto don Jaime I le tomó por base de sus operaciones para la conquista de Valencia, *«considerándole, dice un historiador, sitio muy oportuno, no solo para guarecerse en él su gente, sino tambien para ofender á los moros de Valencia, ya en correrías, ya para impedirles socorro, y entrada de vituallas, ya para cortarles la comunicación con la parte de Murviedro, y ya para alargar sus correrías hasta el río Júcar.»*

El rey moro de Valencia tuvo noticia de esta determinación, y mandó demoler el castillo, de modo que al presentarse don Jaime con un lucido y numeroso ejército, en junio de 1237, le encontró completamente arruinado.

El monarca de Aragón, que conocía su importancia, dió orden para que se reedificase inmediatamente, lo que se efectuó en el corto espacio de dos meses, gracias al número de trabajadores, al empeño y actividad que se puso en esta obra.

Terminado el castillo, el rey partió á Zaragoza, habiendo nombrado gobernador y confiado la defensa de aquel á su tío el valeroso don Bernardo Guillen de Entenza.

Con éstos antecedentes, indispensables para la perfecta inteligencia de los hechos que narraremos en breve, rogamos al lector retroceda con nosotros á la infanda época de la invasión sarracena, es decir, al siglo VIII de la era cristiana.

III.

Corre el año de 712.

Una nube torba y sombría cruza lentamente por el cielo de Valencia.

Sus habitantes con el llanto en los ojos y la desesperación en el alma, inclinan la frente hasta el suelo, y besan la tierra que ya no les pertenece.

Inmenso tropel de caballos y ginetes ensordece las calles de la hermosa capital: su acento, sus trages, sus rostros varoniles y feroces revelan que vienen del Africa; y no es la bandera goda la que tremolan sus potentes diestras, la que clavan en los altos muros y en los campanarios de las iglesias y monasterios de la antigua reina del Turia, no; es la bandera del Profeta, es la bandera de los vencedores del Guadalete!

Valencia, apesar de la liga formada en las sierras del Segura, ha doblado la cerviz al yugo musulmán. ¡Valencia es ya musulmana!

En vano lucharon sus buenos hijos con indomable arrojo; en vano su caudillo Teudimiro se puso al frente de los mas indómitos y esforzados y obligó al bárbaro á retroceder. El decreto del Altísimo debía cumplirse, y el torrente, detenido un momento en su carrera, arrolló el frágil dique que le contenía, y prosiguió su marcha devastadora, triunfante, irresistible.

¡Valencia es ya musulmana!

El eco repercute amedrentado estas palabras; gime el aire al repetirlas, y la multitud que las escucha huye horrorizada sin saber á dónde.

¡Valencia ya es musulmana!

La triste nueva se derrama por todas las ciudades, villas, pueblos y aldeas del reino, y llega al Puig en alas del espanto.

IV.

El sol, próximo á sepultarse en el ocaso, esconde su disco sangriento entre un pabellón de nubes rojas y amarillas. Hay algo de fatídico y lúgubre en el cielo y en la tierra. La tarde está fría, brama el mar irritado, y el viento azota con furia las viejas paredes del monasterio del Puig.

Los monges de las comunidades, presididos de un preste con capa pluvial, llevan sobre sus hombros en solemne procesion una imagen cubierta con un velo.

El signo de la redencion y numerosos hachones encendidos abren la marcha á este triste acompañamiento.

Triste por su objeto, triste por la amarga espresion de dolor retratada en todos los semblantes, triste por la incertidumbre y el vacío que deja en los corazones de los fieles.

Llegan á un ángulo del templo, y se detienen. Un montón de tierra apilada recientemente les indica que allí se acaba de abrir una profunda hoya.

A la voz del preste caen todos de rodillas, y una plegaria dulcísima, ferviente, llena de angustia y sublime resignación, se difunde por las bóvedas del templo.

Luego se levantan, se acercan á la imagen, se arrodillan de nuevo, é imprimen respetuosamente sus labios en el velo, túnica ó manto que la cubre.

En seguida cuatro venerables ancianos, los mas antiguos de la comunidad, la cogen, la levantan en alto y la ofrecen por vez última á las ávidas miradas de sus compañeros.

Es fama que entonces el sol, rompiendo las densas nubes que lo envolvían, se detuvo en los confines del horizonte, y que sus rayos al reflejarse de lleno sobre aquella imagen veneranda, la ciñeron con una triple aureola de luz.

Los monges, deslumbrados por su vivo resplandor, inclinaron la frente y los brazos, y la imagen, como sostenida por la invisible mano de un ángel, descendió dulcemente hasta el fondo de la hoya preparada al efecto.

Pusiéronla encima una gran campana, y cubrieron esta y terraplenaron la fosa con la tierra que se había sacado antes.

Cumplido este penoso deber, tornaron los religiosos á orar, á regar con sus lágrimas y á besar el suelo que guardaba tan precioso tesoro.

Una fuerza secreta, un encanto irresistible los mantenía sujetos allí; sabían que los infieles debían llegar de un momento á otro; sabían que una muerte horrorosa les esperaba si caían en sus manos, y sin embargo no podían resolverse á abandonar aquel sitio.

Al fin, haciendo un violento esfuerzo, cuando el día estaba ya próximo á despuntar, anonadada el alma bajo el peso del dolor, salieron del monasterio, y no sin volver á menudo los ojos á él, se encaminaron por distintos senderos, unos á Asturias, otros á Sobrarbe, otros á Francia.

y no pocos á los desiertos mas fragosos é impenetrables de la Península, en cuyos lugares nunca les faltó la protección celeste de María, ora para resistir á las seducciones del mundo, ora para sucumbir víctimas de su fé y alcanzar dignamente la corona del martirio.

V.

Han transcurrido quinientos veinte y cinco años.

Tras esta larga noche de cinco siglos, luce al fin para Valencia el alba suspirada de su redención.

La fé de Cristo, refugiada en las montañas de Asturias con Pelayo, ora vencida, ora vencedora, cayendo aquí para levantarse mas allá, les va arrebatando á los infieles una en pos de otra sus conquistas. Los siglos y las generaciones se suceden en medio de esta desesperada lucha de titanes, lucha tenaz y á muerte, que como el fénix de la fábula renace de sus propias cenizas, y no terminará sino con el exterminio del último mahometano.

Vencedor en las Baleares el rey don Jaime I, vuelve sus ojos al fértil y delicioso reino de Valencia, y se apodera del Puig, que reedifica y pone en estado de defensa. Graves atenciones le llaman á Zaragoza, pero no por eso desiste de su magnánima empresa.

El pequeño ejército, fortalecido en el Puig, recorre la vega de Valencia, hostiliza á los moros, sorprende destacamentos, y llega hasta las mismas puertas de la capital, impidiendo la entrada y salida de viveres.

Aquella reducida cohorte esparció tal consternación, y causó tales daños á sus enemigos, que el rey moro pensó muy seriamente en destruirla á todo trance.

Para esto determinó salir de Valencia á la sordina con un formidable ejército, tomar por asalto el castillo del Puig, y acabar con sus defensores.

Secretamente se dieron las disposiciones necesarias, y se preparó la expedición con el mayor sigilo, temiendo llegara á oídos de los cristianos, y se retirasen ó se preparasen para la defensa.

Pero todas las precauciones fueron inútiles; un misterioso impulso, una fuerza superior á la voluntad de los hombres, había conducido y fijado allí á los restauradores de la fé de Cristo, y estos, por escaso que fuese su número y grande el de sus enemigos, no podían sucumbir hasta que el decreto del cielo se cumpliera.

Un cautivo cristiano, inspirado y protegido por la Virgen, se escapó de Valencia la misma noche de la madrugada en que debía salir el ejército sarraceno, y avisó á los del castillo el grave riesgo que les amenazaba.

Ni don Bernardo Guillen de Entenza, ni sus esforzados compañeros, se intimidaron al oír esta noticia; antes, por el contrario, ansiando el momento de la pelea, pasaron la noche en disponerse para recibir al enemigo. «Limpiaron sus conciencias con el santo sacramento de la penitencia, y fortalecieron sus almas con el sacratísimo de la Eucaristía, quedando tan fuertes leones con estas prevenções cristianas, que en lugar de esperar al enemigo en la fortaleza, determinaron salir al campo á presentarle batalla; intrépido y temerario arrojo si nó lo alentara superior mano, y guiara San Pedro Nolasco, que veía al ojo la ganancia de Valencia, prevista ya en espíritu profético (1).»

(1) Martinez.—Historia de la imágen sagrada de la Virgen Santísima del Puig, etc., Cap. V.

VI.

Los primeros vislumbres de la alborada empiezan á platar la superficie del horizonte: una faja blanquizca matizada de ópalo, creciendo por instantes, se extiende y ensancha por la bóveda azul del firmamento. Se apagan las estrellas, y la confusa radiación del luminar del día va abuyentando las sombras de la noche.

Los pajarillos cantan con voz mas armoniosa; los árboles se mecen lánguidamente al soplo de la brisa; murmura el mar un cántico indefinible, y las flores entreabren sus corolas y exhalan un perfume mas grato. La espléndida naturaleza del Eden valenciano sonríe enamorada en los últimos días del mes de agosto de 1237.

¿Por qué?... ¿Por qué, cuando todo contrasta en derredor con aquella paz y regocijo? ¿Cuándo todo anuncia escenas de luto y desolación?...

El hombre lo ignora; pero su corazón, las avecillas, los árboles, las nubes, las flores y las aguas, cuerdas misteriosas del harpa de la creación, vibran estremecidas de placer, porque el hálito de Dios ha descendido hasta ellas envuelto en el aura de la mañana.

Allá hácia la parte de Valencia, se divisa innumerable muchedumbre. Las luces inciertas del crepúsculo no permiten distinguir qué gentes la componen; pero se adivina sin trabajo que vienen en faz de guerra.

Es el ejército del rey Zaen compuesto de cuarenta mil infantes y seiscientos caballos.

¿A dónde van?... Al Puig, donde ya sus valientes defensores, queriendo aborralles camino, esperan á los musulmanes á pie firme en la llanura. Dos mil infantes, cien caballos y cien hombres de armas forman su pequeña hueste, débil en número, pero fuerte y enaltecida por el santo amor de la patria, por la confianza en Dios y en su propio esfuerzo.

Cargan los infieles de todas partes y envuelven á aquel puñado de valientes, que los rechaza y se abre paso, deteniéndose al fin mas por la multitud que por el valor de sus contrarios.

La roca que en medio del Océano, embestida por cien olas bramadoras, desaparece bajo el torbellino hirviente de sus aguas, y coronada de blanca espuma reaparece en seguida, firme, imponente, magestuosa, desafiando la saña del irritado elemento, que en vano, cual rabiosa sierpe, se lanza de nuevo á ella rebramando, trepa con un salto gigantesco desde la base á la cima, y enroscándose á su alrededor, parece romper sus dientes de acero contra su frente de granito... la inespugnable roca, de ese modo acometida y de ese modo vencedora, puede dar una ligera idea del rudo é impetuoso ataque de los moros, y de la tenaz y heroica resistencia que les oponían los cristianos.

Desgraciadamente, el esfuerzo del hombre como la fortaleza de las rocas, tiene su límite marcado. Por grande que sea el primero y duras las segundas, obedeciendo á las leyes que rigen el mundo físico, llega un instante en que el número ó el choque continuo de sus adversarios, asegura á estos un triunfo mas ó menos tardío, mas ó menos glorioso, pero infalible.

Tal sucedió á los cristianos en esta memorable jornada. Agobiados y confundidos por la multitud de enemigos, se desbandaron y huyeron en desorden á buscar el refugio del castillo.

Pero al ir subiendo la montaña oyeron voces no humanas que les decían: ¡*A ellos que huyen!*!

Estas palabras produjeron un efecto mágico en los fugitivos; rehiciéronse, y cargaron al enemigo con tal brio y decisión, que rompieron sus filas, le acuchillaron y persiguieron legua y media, es decir, hasta el río seco de Binalesa, hoy conocido por el barranco de Carragete.

Cuenta la tradición que en lo más árido del conflicto, descendió del cielo un caballero armado de punta en blanco, montado en un caballo del mismo color. Llevaba una cruz roja en el pecho, y blandía una larga espada, á cuyo brillo únicamente caían muertos los infieles, como se dedujo de los muchos cadáveres que se encontraron sin herida alguna. Escusamos añadir que este esforzado capitán de Cristo, que tanto aliento infundió á los nuestros y decidió la victoria á su favor, era el glorioso San Jorge, á quien honra y venera en extremo la villa del Puig, y á quien consagró un templo en Valencia, en justo agradecimiento, don Jaime el Conquistador (4).

(Se concluirá.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

DIARIO DE UN POBRE VICARIO (1).

FRAGMENTOS.

15 de diciembre de 1764.—Hoy he recibido diez libras esterlinas (3) de mi patrón el doctor Smart; es la mitad de mi asignación anual; he ganado este dinero concienzudamente, y sin embargo, me lo han dado de una manera poco decorosa.

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto lo que dice en apoyo de esta tradición el historiador ya citado. En los breves párrafos que vamos á transcribir, prescindiendo de las citas, está recopilado cuanto se cuenta sobre el particular en las demás crónicas é historias de Valencia. Dice así:

«El padre Mariana, autor bien acreditado, que en su reino negó la aparición de Sant Yago en la batalla de Clavijo, duda mucho de esta aparición de San Jorge. Mas al paso que este autor grave duda, otros muy graves lo afirman, sin ella, estos son: Miguel Carbonell, Gerónimo de Zurita, el ilustrísimo don Bernardino Gómez Miedes, Abraham Bzovia, Beuter, Escolano, N. Rmo. Salazar, M. Vargas, y Rivera con otros muchos.

«Nosotros, que tenemos á la vista pormenores tan acreditados de este milagro, no podemos dudarlo. En Valencia le erigió templo el rey don Jaime I, junto al que es parroquia de San Salvador, y fué después trasferido el templo de San Jorge junto á la parroquia de San Andrés Apóstol, donde hoy existe, y es colegio de la ilustre, real y militar religión de Montesa. En reconocimiento, pues, de este beneficio, todos los años iba en procesión solemne la fidelísima ciudad de Valencia á dicho templo en el día de San Jorge.

«En el sitio principal de la batalla, que dista unos quinientos pasos de esta villa del Puig, pusieron los antiguos un padrón, en memoria de este apareamiento milagroso de San Jorge; y la ciudad de Valencia empezó á fabricar un templo de piedra de sillaría, que se subplantó á la segunda piedra sobre la cara de la tierra (tal vez por los reparos del padre Mariana), á donde va todos los años en el día del santo una procesión, que se dirige desde esta iglesia, presidida del padre vicario de parroquia con capa pluvial, compuesta de esta comunidad y el ayuntamiento de la villa, cuyo síndico lleva una bandera en triunfo con las armas de la ciudad de Valencia. En dicho sitio dan gracias á Dios y culto al santo mártir, con su conmemoración, de la antifona, y oración que usa la Iglesia.

«Está este milagro del apareamiento de San Jorge acreditado en este real convento (del Puig), en muchas pinturas antiguas, singularmente en la sacristía en unos lienzos, y en el altar mayor que se concluyó en el año de 1606, está el santo de relieve, vestido de tonelito, montado en un caballo blanco con la espada en la mano, precipitando moros y postrando medias lunas, que se muestran, á sus pies, de la misma fábrica ó arquitectura.»

(2) Algunas páginas escritas á fines del siglo último por un pobre vicario de Wiltshire, inspiraron á Goldsmith el *Vicario de Wakefield*, y á Enrique Zschokke la relación que verán nuestros lectores.

(3) Menos de mil reales.

En primer lugar, me han hecho esperar mas de una hora en la fría antecámara del rector; al fin me han introducido en su gabinete. Estaba sentado el doctor en un cómodo sillón, al lado de una mesa, sobre la cual vi algunas monedas de plata. Yo me incliné repetidas veces con sumo respeto, y él respondió á mis saludos inclinando ligeramente la cabeza, y echando hácia atrás su gorro negro de seda, que volvió al momento á su lugar ordinario.

El rector tiene verdaderamente mucha dignidad; jamás me acerco á él sin turbarme; estoy seguro que no experimentaría mas temor si me hallase en la presencia del rey.

No me ha mandado sentar. No podía ignorar que aquella mañana había andado tres leguas á pie, y en un tiempo bastante malo; además, la hora que había pasado en su antecámara no había podido servir de descanso para mis fatigadas piernas.

El rector me ha señalado con el dedo el dinero contado que estaba sobre la mesa.

En el camino medité mucho acerca de la súplica que me proponía dirigirla, á fin de obtener algun aumento de sueldo. Cien veces me dispuse á dar comienzo á mi discurso; pero el corazón me latía con violencia. ¡Qué desgracia no poder vencer mi timidez, cuando no tengo que decir mas que cosas muy sencillas, ni pedir mas que lo que es justo! Me encontraba tan agitado como si estuviese á punto de cometer una mala acción; me esforzaba para abrir los labios; temblaba sin hablar; ya no tenía ni pensamiento, ni palabra, ni voz; un sudor frío corría por mi frente.

—¿Qué teneis? me preguntó el rector.

—Yo... señor... yo... Está todo tan caro en el día... No puedo vivir con un sueldo tan módico.

—¡Tan módico! Señor vicario ¿un sueldo tan módico? ¡Veinte libras esterlinas al año! Pensad bien en lo que decis. Si yo quisiera tendría otro vicario por quince libras.

—¡Un vicario por quince libras!... No lo extraño; si está solo, si no tiene familia, puede ser que le basten quince libras para subsistir.

—Pero yo presumo, señor vicario, que vuestra familia no se habrá aumentado. Creo que aun teneis nada mas que dos hijas.

—Ciertamente, señor, pero crecen. La mayor, mi Jenny, tiene diez y ocho años, y Polly cumplirá doce bien pronto.

—Mejor, con eso podrán trabajar.

Yo quería responder, pero el doctor no me dió tiempo para ello; se levantó, se aproximó al balcón, y tocando con sus dedos contra los cristales, me dijo:

—Hoy no puedo ocuparme de vuestro asunto. Ved si podeis desempeñar vuestro empleo por quince libras; reflexionadlo maduramente, y dadme á conocer vuestra decisión. Si no podeis, os deseo para año nuevo una ocupación mas ventajosa, señor vicario.

Me saludó con mucha cortesía. Tomé el dinero y me retiré balbuceando algunas palabras para recomendarle á su benevolencia.

Quedé confuso y turbado. Jamás me había recibido con tanta frialdad. Sin duda alguno le habrá hablado mal de mí. Con frecuencia me convidaba á comer, y si he de hablar con franqueza, ese día contaba con este obsequio, pues había partido de Crekelade al rayar el día y en ayunas.

He entrado en casa de un tahonero para comprar un panecillo, y he vuelto á emprender mi marcha.

¡Qué triste y qué desalentado me encontré durante todo el camino! Lloraba como un niño, y mis lágrimas caían sobre el pan que iba comiendo con avidez.

Adelante, Tomás. ¿No te avergüenzas de tu debilidad? ¿No existe un Dios para protegerte? ¿Y si hubieses perdido enteramente tu destino? Después de todo no son mas que cinco libras menos. Es verdad que es la cuarta parte de tu asignación, y que con quince libras al año tendrás una pequeña cantidad diaria para alimentar y vestir á tres personas. Pero ¿qué importa? Aquel que alimenta á las aves y dá ropa á los animales todos, cuidará de nosotros.

16 de diciembre.—Si, mi Jenny es un ángel; su alma es todavía mas hermosa que su rostro; casi me avergüenzo de ser su padre, porque es mas piadosa y mejor que yo.

Ayer no tuve valor para anunciar á mis hijas nuestra nueva desgracia, y cuando hoy me decidí á hablar, Jenny al principio apareció grave; pero recobrando después su agradable fisonomía, me dijo:

—¿Y eso os aflige, padre mío?

—¿No tengo motivos para ello, querida hija? ¿Cómo evitaremos las deudas y los tormentos? Ignoro cómo podremos subsistir. ¡Nos hacen falta tantas cosas! Con quince libras ¿cómo atender á las primeras necesidades de la vida?

Jenny echó uno de sus brazos enredador de mi cuello, elevando el otro hácia el cielo:

—Piensa, me dijo, en aquel que está allí.

Polly se sentó sobre mis rodillas y me dijo acariciándome:

—Quiero referirte una cosa: he soñado esta noche que era el primer día del año, y que el rey venia á Crekelade: te reservaba un grande honor. El rey se ha bajado del caballo y ha llegado á nuestra puerta y ha entrado en nuestra casa. Nosotras estábamos muy aturcidas en la cocina para prepararle de comer; pero él ha mandado traer sus provisiones en platos de oro y de plata. Las trompetas y las fanfarrias resonaban en la calle, y á ti, padre mío, te han presentado sobre un cogin de seda una mitra de obispo, y un gorro acabado en punta como se ven en las imágenes de los libros antiguos. Tú, has tomado la mitra y te la has puesto en la cabeza; y te sentaba muy bien: yo me moría de risa, y Jenny me regañaba. Este sueño, de seguro, anuncia alguna cosa buena, y ten presente que dentro de quince días es año nuevo.

—Los sueños, ya te lo he dicho, Polly, no significan nada.

Y ella me ha respondido:

—Los sueños provienen del cielo.

Yo no creo esto; sin embargo, tomo nota de este sueño singular por ver si casualmente es un presagio feliz. No es cosa imposible que el primer día del año tengamos algun regalo.

Todo el día he estado calculando: no me gusta contar; las cifras me trastornan la cabeza y me entristecen el corazón.

17 de diciembre.—Gracias á Dios: ya no tengo deudas. He pagado en cinco partes distintas siete libras esterlinas y once chelines; ya no me quedan mas que dos libras y nueve chelines, y es menester que esto sea bastante para vivir seis meses; ¡oh, Dios mío! ¡ven en nuestro socorro!

También es preciso que renuncie á los pantalones ne-

gros que he visto á la puerta del sastre Cuthay, aun cuando tenga gran necesidad de ellos; están usados, pero están todavía en buen estado, y Cuthay me los hubiera vendido muy baratos. Pero Jenny tiene necesidad de un vestido: la pobre niña, me inspira compasión cuando la veo con aquel vestido ligero á pesar de los rigores del frío. En cuanto á Polly, se contentará con el vestido que su hermana ha encontrado medio de hacerle con trages usados.

Es preciso que renuncie al periódico á que me habia suscrito en compañía del tejedor Westburn. Es un sacrificio; sin el periódico no se sabe nada en Crekelade de lo que pasa en el mundo. En las últimas carreras de caballos de Newmarket, el duque de Cumberland ha ganado al duque Grafton una apuesta de mil libras esterlinas. Es verdaderamente una cosa notable observar que siempre se cumplen las palabras de la Escritura: *durán al que tiene*. Por lo cual se puede deducir: *tomarán al que tiene poco*. Héme aquí reducido á perder todavía cinco libras de mi escasa asignación.

Pero, Tomás, ¿murmuras? ¿y por qué? por un periódico que no podrás leer mas, ¡qué vergüenza! Ya sabrás por la voz pública si el general Paoli conserva la libertad de la Córcega. Los franceses han enviado tropas auxiliares á los genoveses; pero Paoli tiene veinte mil soldados agueridos.

18 de diciembre.—¡Ah, qué felices somos todavía en medio de nuestra miseria!

Por una bagatela, Jenny ha comprado á la prendera Bard un vestido usado que deshace en este momento con Polly para hacerse uno nuevo. Jenny es muy entendida en esta clase de negocios; compra con mas acierto que yo... pero ¿quién pueda resistir á su dulce voz? Ahora reina en mi casa la alegría. El primer día del año, Jenny estrenará un vestido, y Polly hace una porción de comentarios y profecías sobre este asunto. Con efecto, el dey de Argel no ha experimentado tanto placer al recibir los ricos presentes de los venecianos.

Jenny es de dictámen que se reduzca nuestra mesa para pagar el importe del vestido. Desde hoy hasta año nuevo no compraremos carne; lo hallo muy justo.

El tejedor Westburn es un buen hombre: le dije ayer que me veia obligado á renunciar al periódico porque tenia menos sueldo, y aun no estaba seguro de conservar mi empleo: él me apretó la mano y me dijo:

—Yo tomaré el periódico solo, y vos le leereis conmigo.

Esto prueba que nunca debemos desesperar; en el mundo hay mas gentes buenas que lo que creemos.

La tarde del mismo día.—El panadero es un hombre cruel. Le he pagado cuanto le debía, y como la buena Polly observase que su pan estaba hoy un poco frito y tostado en demasía, ha hecho una escena escandalosa que ha reunido la gente en la calle; después ha dicho que no volveria á darnos el pan frito, y que fuésemos á comprarle á otra parte. Polly me inspiraba compasión, y nos ha costado mucho trabajo consolarla.

No sé cómo se las componen las gentes de Crekelade para saber de antemano todas las novedades. Todo el mundo habla ya en el pueblo acerca de un nuevo vicario que el doctor Snart debe enviar aquí para reemplazarme: esto ocasionaria mi muerte.

Preciso es que el carnicero esté instruido de lo que pasa, pues acaba de enviar á su muger á mi casa, quien se queja de la penuria del tiempo, y me anuncia que desde hoy no podrá darme carne fiada. En cuanto á lo demás esta buena muger ha estado muy atenta, y ha repetido muchas veces que teníamos derecho al afecto y al respeto de todos los habitantes. Nos ha aconsejado que compremos la carne á Colswood, que es un carnicero que tiene dinero y puede esperar; pero yo no he querido decir á esta buena muger que este carnicero nos servia muy mal hace un año; que nos llevaba un penny mas que los otros por cada libra de carne, y que cuando me quejaba de ello, me decia que puesto que le hacia esperar algunas veces durante un año, era preciso que este dinero le redituase un interés.

Ahora no tengo mas que cuarenta y un chelines. ¿Cómo vivir con ellos durante tantos meses? Nadie quiere fiarme, y si el doctor Snart envia aqui otro vicario, me encontraré sin pan y en la calle.

Pues bien... Dios está tambien en la calle.

49 de diciembre.—Me he despertado hoy por la mañana muy temprano, y he pensado mucho acerca de lo que debo hacer en tan deplorable situacion.

He pensado mucho en maese Siltig, mi primo de Cambridge; pero los pobres no tienen parientes.

Si segun el sueño de Polly, me trajesen el primer dia del año la mitra de obispo, tendria por parientes la mitad de Inglaterra.

He escrito y echado al correo la siguiente carta dirigida al doctor Snart.

«Os escribo esta carta enmedio de las mayores angustias. Todos dicen aqui que debeis enviar otro vicario para reemplazarme; ignoro si este rumor será fundado ó si es la consecuencia de lo que yo he referido á ciertas personas sobre mi última entrevista con vos.

«Yo he cumplido con fidelidad el cargo que me habeis confiado. Yo he enseñado con piedad la palabra de Dios; no he oido una queja contra mí, y mi conciencia no me acusa de nada. Os he pedido humildemente que aumentarais mi asignacion, y vos al contrario me habeis hablado de disminuir un salario que apenas me basta para subvenir á mis primeras necesidades y á las de mi familia. Deseo que vuestro generoso corazon se compadezca de mi suerte.

«He servido esta parroquia por espacio de diez y seis años bajo vuestro venerable predecesor, y seis meses desde que vos sois rector. Tengo cincuenta años; mis cabellos comienzan á emblanquecer; sin amigos, sin protectores, no tengo medios de adquirirme un empleo, ni los conocimientos necesarios para ganar mi vida de otra manera. Mi existencia y la de mis dos hijas están en vuestras manos. Si vos nos abandonáis, no tendremos otro recurso que mendigar.

«Mis hijas, ya grandes, á pesar de su severa economia me obligan á hacer gastos: la mayor hace en mi morada las veces de una madre; no tenemos criado; ella es la cocinera, la lavandera, la planchadora, la costurera, la zapatera, y yo hago cuanto puedo para ser carpintero, albañil, jardinero y leñador.

«Hasta ahora nos ha sostenido la bondad de Dios; ninguno de nosotros ha estado enfermo; y no habríamos podido pagar medicamentos. Mis hijas han solicitado en vano costura en las casas de Crekelade; los habitantes del pue-

blo son todos pobres, y cada cual se sirve á sí propio.

«Era una cosa lastimosa subvenir durante todo el año á nuestras necesidades con veinte libras esterlinas. ¿Cómo podré hacerlo con quince? Pero yo he confiado en vuestra humanidad y en Dios, y os suplico que pongais un término á mi ansiedad.»

Despues de haber escrito esta carta me hiqué de rodillas mientras que Polly la llevaba al correo, y rogué al cielo obtuviera una respuesta favorable. Esta súplica me hizo experimentar una calma maravillosa. ¡Ah! una palabra que se dirige á Dios es ya una gracia que se recibe de él; salí de mi cuarto con el corazon tranquilo, á pesar de haber entrado en él tan triste; Jenny trabajaba al lado de la ventana, y la vi sentada alli con la tranquilidad de la inocencia. Un rayo de sol brillaba en su rostro é iluminaba toda la habitacion; me pareció verme trasladado á una celeste region. Me coloqué delante de mi pupitre y escribi mi sermón sobre «las alegrías del pobre.»

Yo predicó en la iglesia tanto para mí como para los demás.

El mismo dia.—He recibido hoy por la mañana un billete que un forastero me ha enviado desde la posada donde ha pasado la noche, y que me llama para revelarme un asunto de interés.

He corrido á verle; es un hermoso jóven de veinte y seis años poco mas ó menos, que tiene una fisonomia noble é interesante. Viste una levita vieja; sus botas están llenas de lodo, y su sombrero ha costado probablemente mas caro que el mio, pero está mucho mas usado. A pesar de esta triste apariencia, este jóven tiene un buen aspecto y debe ser descendiente de una buena casa. Su camisa es bastante fina; pero tal vez sea donativo de alguna alma compasiva.

Me ha llevado aparte, y me ha pedido mil perdones por haberme molestado, confesándome humildemente que se hallaba en la actualidad en un grande compromiso, y que no conociendo á nadie en Crekelade creyó que debia dirigirse al pastor del pueblo. Dice que es cómico, que hoy no tiene dónde trabajar, y que determina pasar á Manchester. Pero no puede pagar su hospedage, y me pide doce chelines prestados, prometiéndome devolvérmelos tan luego como haya encontrado teatro donde ganar la vida. Se llama John Fleetmann.

Su semblante revelaba mas tristeza que sus palabras. Parece que halló una espresion análoga en mis facciones, pues alzando los ojos me dijo con aire intranquilo:

—¿Me dejareis sin socorro?

Yo le manifesté mi situacion. Le dije que lo que me pedia era la cuarta parte de todo lo que poseia, y que no sabia si podria conservar mucho tiempo mi empleo.

Entonces el cómico me ha respondido con frialdad:

—Contestais á un desgraciado con la pintura de vuestros infortunios; ya no os pido nada. ¿No hay en Crekelade quien, sin ser rico, tenga alguna piedad?

Le miré con alguna inquietud, y me sentia avergonzado de haberle espuesto mi situacion como una excusa de mi negativa. Al mismo tiempo buscaba yo en mi memoria si podria encontrar algun habitante de Crekelade que le socorriera, mas no encontraba ninguna persona. Tal vez haya yo sido injusto hacia las gentes de mi parroquia.

Me he acercado y he dicho al forastero poniendo la mano sobre su hombro:



—Señor Fleetmann, vuestra situación me aflige; os he espuesto la mía, pero os ayudaré si puedo; tened un poco de paciencia. Antes de una hora os responderé.

Al regresar á mi casa me decía:

Es extraño que este forastero se haya dirigido á mí, y que un cómico haya pensado en un sacerdote. De seguro es preciso que haya alguna cosa en mí que atraiga á los desgraciados. Si alguno experimenta necesidades, siempre viene á buscarme primero que á nadie, á mí que tengo tan poco que dar. He observado que si me convidan á comer en casa de algun amigo, y si se encuentra allí un perro, viene á apoyar su hocico sobre mis rodillas para solicitar un pedazo de pan.

Al entrar he referido á mis hijas mi conversacion con el forastero; queria yo oir el parecer de Jenny, y esta me dijo conmovida:

—Sé, padre mio, cual es tu pensamiento, y no hay necesidad de darte ningun consejo.

—¿Y cuál es mi pensamiento?

—Tú has dicho: yo haré por este pobre cómico lo que yo deseo que Dios y el doctor Snart hagan por mí.

Yo no había pensado esto mismo precisamente; pero hubiera querido pensarlo.

Hé tomado los doce chelines y los he dado á Jenny para que ella misma los lleve al viagero, porque no me gusta oir las palabras de agradecimiento del pobre; esto me causa vergüenza, así como la ingratitud me apesadumbra. Por otra parte, yo queria acabar mi sermon.

El mismo dia por la tarde.—Este jóven cómico es un hombre honrado. Cuando Jenny ha vuelto de la posada nos ha hecho una larga relacion acerca de la dueña de ella.

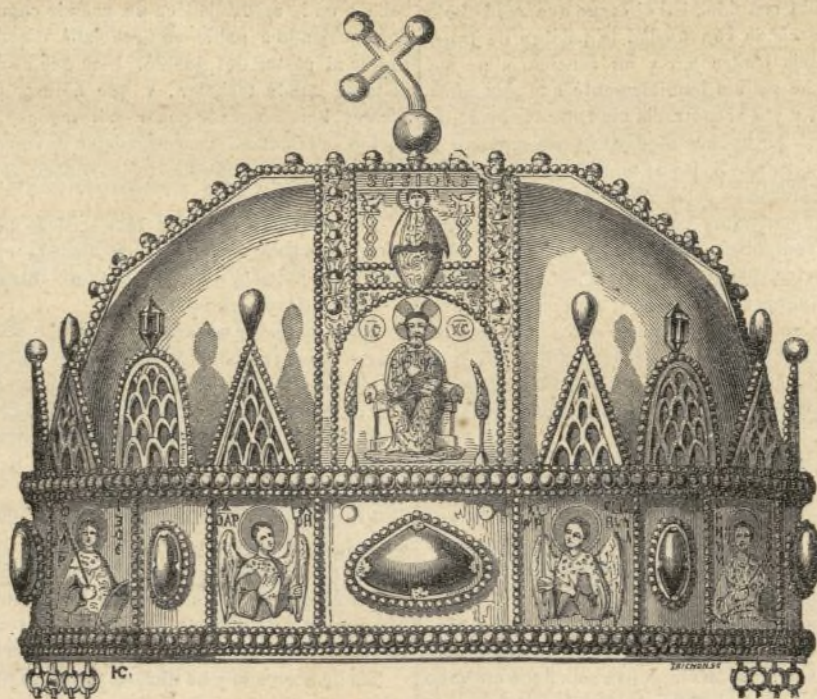
Esta muger la dijo que su huésped no tenía un penny, y Jenny la respondió que le traía dinero. Relativamente á esto, la posadera discurre que era una locura dar cuando no se tiene, y socorrer á los vagabundos cuando no se tiene mas que lo necesario para alimentar á sus hijos.

Escribia todavía mi sermon cuando Mr. Fleetmann entró. Dijo que no queria dejar á Crekelade sin haber dado gracias á su bienhechor. Jenny se ocupaba en este momento en poner la mesa. Teniamos para cenar ensalada y una tortilla de huevos. He convidado al forastero á que se siente á la mesa con nosotros, y él ha aceptado. Tenia necesidad de ello, pues desde por la mañana no habia comido nada.

Polly ha ido á comprar cerveza. Mucho tiempo hacia que no habiamos tenido tan buena comida.

M. Fleetmann ha manifestado estar muy complacido con nosotros, porque la tristeza ha desaparecido de su semblante, no quedándole mas que aquel aire de melancólica tristeza, tan natural á las gentes desgraciadas. Me ha supuesto menos pobre que lo que soy al ver la limpieza, el orden de nuestra casa, la claridad de las ventanas, la blancura de las cortinas, y el barniz brillante del pavimento y de los muebles. En la habitacion del pobre suele con frecuencia verse el aspecto del poco aseo; pero yo recomendé siempre á mi esposa y á mis hijas la limpieza como uno de los mejores medios de economia, y Jenny se consagra maravillosamente á estos cuidados; en esto casi ha sobrepujado á su pobre madre.

(Se continuará.)



Corona de Hungria.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



Vista exterior de la catedral de San Pablo en Londres.

LA INGLATERRA Y LOS INGLESES. (4)

ARTICULO PRIMERO.

Introducción.—Una palabra acerca de las escursiones por placer y puro gusto.—Fisonomía de la expedición.—Primer aspecto de las costas á la salida del sol.—Entrada en el Támesis.—¿Es un río?—Sorprenhente perspectiva que presenta el camino real de Ramsgate á Londres.—Gravesend-Wolwik.—Una ciudad heterogénea.—Un pueblo fundado sobre el agua.—El puente de Londres.—Panorama de la ciudad.—Impresión fantástica.—Influencia de la lengua sobre las costumbres.—Los caballeros aduaneros.—London-Bridge.—Rápida reseña sobre la galantería inglesa.—Puente de Waterloo.—Los regatos, etc.—Primera correría.—Trafalgar-Square.—Monumento de Nelson.—Chapiteles enjaulados.—National-gallery.—Deplorable estado de los monumentos artísticos.—William Hogart.—Investigaciones sobre el verdadero sitio en que se levantó el cadalso de Carlos I.—Una noche en la taberna.—Londres durante la noche.

Ha mas de cinco horas que se ha ocultado el sol, y todavía dura el crepúsculo; es de noche y no lo parece: el cie-

(1) Bajo este modesto título, conocerán fácilmente nuestros lectores el estudio mas completo y satírico que ha podido hacerse de la Inglaterra y de los ingleses.

TOMO X.

lo no tiene color todavía, menos la mar, y no puedo comprender... ¿se sirve vd. caballero, explicarme en qué consiste esta claridad?

A tan racional observacion, mas bien que por su rostro y frente cubierta con dos ó tres gorros, reconocí á mi comensal de Boloña, y le brindé á tomar asiento á mi lado sobre el puente del navio.

No aceptó mi convite diciendo, sabed que estoy acostumbrado á la mar y que soy mareante antiguo.

Este compañero de viaje, cuenta sus cincuenta años y tiene la mania de querer ser profundo observador y conocer la mar por haber hecho un viaje por agua desde Marsella á Cette. Grave, dotado de cierto aplomo, mas grueso que delgado, lleva por costumbre inclinada la cabeza á fin de dar á sus sencillas miradas cierto aire de perspicacia.

En seguida prosiguió: vamos á Londres en este tren cuarenta y cinco individuos, y entre todos ¿cuántos os parece habrá que comprendan lo que van á ver? Creo que apenas podrán contarse tres; yo por mi parte os confieso que hago poco caso de los monumentos y edificios... abundan

por todas partes... sin embargo, los miraré. Mi principal objeto, en estos ocho días de permanencia en la capital, será estudiar los usos y costumbres de sus habitantes á fin de saber á lo que nos hemos de atener con respecto á Inglaterra.

Su pretension me hubiera hecho reír si un rápido examen sobre mis propias disposiciones, no me las hubiera hecho tan exageradas cuando menos como las de mi interlocutor; aunque mas circunspecto conmigo mismo, mi razon no las hubiese aprobado: su candorosa confesion me desengañó: seguramente se equivocaba en cuanto á los resultados posibles de su corto viage, pero su pretension dimanaba de una idea justa, porque lo que hay de mas interesante en Inglaterra, es conocer á los ingleses, es estudiar la vida privada de las diferentes clases de esta sociedad tan poco comunicativa, tan diferente de la francesa: y el mecanismo intimo de esta civilizacion tan activa y poderosa que desde el fondo de una isla del Norte se desborda y brilla en todo el universo.

Mas ¿cómo profundizar tan árduo estudio en el corto plazo de una semana, agregado ademas á una caravana colecticia, cuyo principal objeto es recorrer de prisa un millon de curiosidades?

Como si mi buen hombre hubiese leído mi pensamiento y previsto mis objeciones, se apresuró á añadir.

—El tiempo es corto á la verdad y rara la ocasion; pero no obstante, encontraremos por todas partes en donde estudiar; para esto, amigo mio, ¿se necesita acaso mucho espacio y sosiego, algun guia ó *cicerone*, ó algun libro? Hay muchos que habrán estado veinte años en Londres, y volverán á su pais menos enterados que otros al cabo de veinte dias. Para observar se necesita un observador, lo mismo que un pintor para pintar. Ademas que para el buen comprendedor, todo habla, todo describe, los monumentos revelan su institucion, la direccion de las calles, el aspecto de las casas, el modo de andar de los transeantes son otros tantos efectos producidos por una misma causa; por cualquiera parte que se tienda la vista, no se encuentran mas que simbolos emblemáticos, y hasta las piedras tienen su lenguaje.

La confianza de mi buen compañero era capaz de dar ánimo al mas desalentado: en verdad no teniamos mas que ocho dias, y pensaba, como él emplearlos en recorrer los principales establecimientos, aprovechándonos del método, economía y celeridad de las empresas francesas establecidas con este objeto. Pero ademas yo me habia propuesto, una vez ya familiarizado con el modo de conducirse en la capital, permanecer en ella un mes mas, acomodándome con alguna familia inglesa en calidad de huésped. Provisto con buenas cartas de recomendacion para varios sugetos de todas clases y profesiones, me lisonjeaba adquirir conocimientos menos vagos, y ya que no me fuese dado conocer á fondo su índole, ponerme al menos en disposicion de trazar sin preocupacion y desapasionadamente lo que mas me hubiese chocado en aquel pais. He realizado este plan, he recorrido la Inglaterra en varias direcciones, y me he convencido de que la conocemos muy poco: muchas de sus cosas son falsas, en todo se han mezclado la exageracion, de tal modo que me he visto precisado á variar la opinion y el juicio que habia formado, como sucede á la mayor parte de los viajeros.

En materia tan delicada, no es mi intento que se consi-

deren como absolutas y generales algunas observaciones aisladas; no, vuelvo á repetir, referiré lo que he visto, pintaré con sinceridad lo que he bosquejado del natural, sin añadir ni quitar. Este pais es la tierra clásica de la fria razon, del positivismo y de la realidad: desecha las ilusiones poéticas y los artificios de la composicion.

En el detalle de los objetos, es donde debe estudiarse los rasgos característicos de la fisonomia de Inglaterra: la observacion os sorprende desapercibido, y cuando menos se piensa se tropieza con la realidad sin haberla buscado. Disimula, benévolo lector, esta timida digresion en gracia de la buena fé que la ha dictado, y si te place ven conmigo á bordo del *Steam-boat*, la ciudad de Boloña, y remontaremos juntos el Támesis hasta el puente de Londres: la noche está serena y templada, el cielo sin nubes y la mar tersa como un espejo.

A medida que avanzábamos, me chocaba mas y mas la inesperienza mal disimulada y la turbulencia que caracteriza á la nacion francesa: los españoles no viajan lo suficiente, y esta es tal vez la causa de su inferioridad respecto á las otras naciones del Norte: sus hábitos sedentarios dejan un profundo vacío en su educacion: de aqui se originan preocupaciones sin cuento, su falta de armonia con otras naciones, y su poco acierto para colonizar, la limitada estension de su comercio, los estrechos límites de su erudicion histórica, y la mayor parte de sus equivocaciones respecto á otros paises. Los hombres de Estado de la Gran Bretaña, conocen todo el mundo con tanta exactitud como un agente de policia las calles de Madrid.

Los viages, á nuestro entender, son los que han de terminar la obra de una buena educacion; la empresa de diligencias establecidas para la excursion á Londres, nos ha parecido desde un principio un pensamiento feliz: mas este Museo, dedicado esclusivamente á los intereses morales de las familias, antes de hablar de ella á sus numerosos y constantes suscritores, ha esperado á hacerlo con conocimiento de causa, á fin de cerciorarse si ha cumplido lo que prometia en su prospecto, y ahora podemos anunciar con la mayor satisfaccion, que se ha escedido y llenado todos sus compromisos y ofertas de sinceridad, seguridad, utilidad y economía.

Este modo de viajar ofrece un atractivo que le es propio: la escena chocante de una reunion de gentes de buen humor y de estados diferentes: cada individuo imbuido en sus principios, sus caprichos, sus manias, su aturdimiento, sus preocupaciones y su correspondiente dosis de amor propio: trasportados á un pais extraño, fácilmente se distinguen unos de otros por sus modales, trages é idiomas.

Un parisien oficial de la guardia nacional paseándose por el puente del navio, para engañar las fastidiosas horas de la noche, decia en alta voz:

—Esto no marcha en regla, aqui se necesita mas orden, mas disciplina; dar su número á cada individuo, tocar llamada á la hora de comer, pasar lista, dar santo y contrasena, marchar por pelotones, y en fin, gobernarlo todo conforme á ordenanza... ¿A qué hora llegaremos á Londres?

—A medio dia.

—Hora militar al menos.

—Pero alli yo me lisonjeo, dijo un torista terciando en la conversacion, que no se nos conducirá como á un rebaño de carneros ó alineados en fila como colegiales cuando sa-

len á paseo; no, eso no, yo no he tratado de vender mi libertad.

—¡Todo podrá conciliarse observando la disciplina militar, caballero! cuando se ha servido...

De aquí se originó una disputa interminable; el ardor militar recordaba los anales del Imperio; luego se acerca á la patria de Wellington, y murmura: ¡por haber atacado los prusianos por todas partes!... ¡Si Grouchy hubiese llegado á las tres!...

Mas de una vez tendremos ocasion de bosquejar el comportamiento del madrileño cuando viaja; ahora volvamos al navio, que avanza formando trassi un surco fosfórico; sobre la izquierda se divisa una larga fila de luces, á manera de guirnalda de estrellas, que parece se mecen en las aguas, y anuncia que se ha llegado á la altura de Douwres; raya la aurora por el punto que menos se esperaba, porque se ha perdido el tino, y nadie sabe si mira á Poniente ó á Levante, á causa de las bordadas que ha dado el buque para evitar los bajos. Los primeros albos de la mañana van á presentar á la ansiosa vista de los viajeros, á través de la bruma y neblina, las casas de Ramsgate, rodeadas de otros edificios ó cafés en que se sirve el té, bien así como flores esparcidas en la espesura de una floresta. A mas distancia se percibe á Margate, coronando una escarpada roca amarillenta y lisa como una muralla, natural pedestal que tiene bajo sus pies un lecho de negruzcas olas, que lleva sentada á la ciudad como sobre un sitial de verdura.

Esta ciudad ostenta sus grandiosos edificios de ladrillo oscuro, taladrados con un sin número de ventanas, y su macizo campanario coronado con torreoncitos afiligranados y crestería.

No es de noche; pero tampoco de dia: la claridad no es todavía suficiente para rasgar el denso velo que impide que penetre la luz; las costas, ligeramente sombreadas de blanco, solo ofrecen á la vista superficies lisas que reflejan vagamente los objetos; los vapores de la noche se disuelven, cayendo á copos sobre la azulada superficie de las aguas. Poco á poco la costa se aplanar: sobre la derecha, un pequeño banco de arena semejante á una faja de bistro, tiñe de añil las olas.

Se cree haber llegado á la embocadura del Támesis; mas detrás de una lengüeta de tierra, el mar que se eleva por aquel lado presenta una vela como si surcase por el aire. A medida que el navio se dirige hácia el Oeste, todas las miradas se concentran en la arenosa playa de Inglaterra, en donde se perciben dos torres de melancólico aspecto, *Tivo sisters*; en aquel parage, segun cuentan, fueron á estrellarse dos hermosas jóvenes, en cuya memoria se erigió aquel monumento; en seguida, detrás de una cuesta, aparecen las blancas y amuralladas casas de Harneby, de aspecto oriental, célebre por sus baños, que se refleja como en un espejo en las azuladas aguas. Se ha hecho famoso otro banco de arena por el naufragio del *Adelaida*, que se dice señala la entrada en el Támesis; y sin embargo, como solo se descubre tierra por un lado, es preciso adoptar la idea paradójica de un rio que tiene una sola orilla. Solo cuando se llega á la altura *Baonstapale*, oculta en una hondonada, es cuando por fin se ven las olas que se estrellan en la opuesta margen baja, sombría y desigual como los dientes de una sierra.

Empero de pronto reina por todas partes el movimiento

y la vida; el sol se eleva magestuosamente para despertar al Támesis, que yace dormido; sus dorados rayos desvanecen la bruma, apareciendo una bandada de blancas velas, que marcan la direccion y se alejan sobre las aguas, cual alciones que vuelan por el espacio.

Entonces todo es animacion en el buque; el puente se puebla de semblantes pálidos; los pasajeros espedicionarios, recobrando su energía, se dividen en dos bandos; el uno que no cesa de hacer pregunta sobre pregunta; el otro que solo piensa en almorzar; el primero, que se compone de jóvenes turbulentos y nerviosos, no desmienten su temperamento en todo el curso del viage; los del segundo, apáticos y sensuales, solo cuidan de su persona y en pasarlo bien.

Mientras dura el susurro tumultuoso de estas gentes, sigamos atentamente el curso de este rio, de este vasto puerto de Inglaterra y del mundo comercial; mas aun han de trascurrir cinco ó seis horas antes de llegar á Lóndres.

Penetrar en esta inmensa metrópoli remontando la corriente, es gozar del espectáculo mas imponente y magnifico de que no puede formarse idea.

En efecto, el Támesis es el camino real mas estenso, mas frecuentado y concurrido que existe en el universo; es una carretera líquida indefinible, y sobre todo poco definida. El Támesis no es un rio, ni en ningun punto de su curso se asemeja á los otros; desde su nacimiento hasta llegar á Lóndres es un riachuelo que serpentea y juguetea por los prados, derramando á través de los sombríos parques el frescor y las delicias; en Lóndres es un malecon, que sirve de escala y depósito de géneros, porque las casas de la orilla se han edificado sobre el mismo légamo, y se comunican directamente con los navios. Entre estos malecones de fango y agua hay una anchura y estensa calle atestada de gente y ómnibus, que son unos barcos ó góndolas de vapor, pues la calle es el mismo rio.

Desde Lóndres á Gravesend, ciudad situada seis leguas mas abajo de la capital, el Támesis es ya un puerto en donde se ven, alineados en fila, centenares de buques de todas las naciones del mundo; desde aquel punto es ya un brazo de mar. Otro tanto puede decirse desde la Mancha á la metrópoli, en donde la marea señala todavía de diez á doce pies; las crecidas del rio no alteran en manera alguna el nivel de este profundo golfo.

Frente á Gravesend es donde se empieza á experimentar la indefinible y estraña impresion que causa en el ánimo la perspectiva de la Inglaterra; á la derecha el litoral del condado de Essex, bajo, árido y oscuro; allí el Támesis se tiñe de color de plomo; á la izquierda, la ciudad de Gravesend aparece descolorida y lúgubre, aunque con cierta coquetería. Allí fué donde observé la primera muestra de la caprichosa y ridícula arquitectura del pais; los baños de Clifton son rigurosamente góticos, y cada ojiva está coronada con un minafete á lo turco. Al paso que la tierra está desierta y solitaria, en el canal todo es animacion, circulacion y trabajo; empero la uniforme calma con que se cruzan las embarcaciones, la reunion inesplicable de tantas gentes estrañas, que no se conocen ni aun se miran, unidas por casualidad, aisladas por interés; su continuo trabajo, aunque pausado, todos estos detalles halagan y hielan á la vez los sentidos; al ver tanto movimiento y tanto silencio, se cree penetrar en medio del dia en la region de las sombras; aun

el sol mismo, velado con un blanco sudario, no proyecta sobre estos fantásticos seres mas que el pálido espectro de sus rayos. En los campos se observa poca cultura, y en todas partes crecen altos árboles de un verde oscuro, encajonados en verdes balingrines alfombrados de menuda yerba.

Cuanto mas se avanza mas se multiplican las embarcaciones, y la fluida campiña no tarda en verse invadida por navios de todos portes, porque el Támesis da mil vueltas, corriendo ya á derecha, ya á la izquierda, y á la parte de allá de sus llanas márgenes que ocultan sus sinuosidades,

se ven circular las chimeneas de los *Steam-boats*, y las tendidas velas de los bricks de tres palos que juguetean con el viento, mezcladas con los robles, los tilos y las encinas; la tierra y el agua vuelven á unir la madera de los bosques.

Entretenido de esta manera, llega el espedicionario á Woolwich, ciudad enteramente militar y marina, con su arsenal, una fábrica de fundicion de cañones, un cuartel ó caserna, un parque de artillería, escuela militar y vastas atarazanas. Saint-Cyr, Metz y Tolon, reunidos, podrán dar



Familia real de Inglaterra.

una incompleta idea de lo que es Woolwich, que sostiene seiscientos presidiarios (galeotes), en pontones harto conocidos de los antiguos marinos franceses.

Al pasar por delante de esta poblacion consagrada á los trabajos de guerra, se concibe sin dificultad que la Gran Bretaña no tiene ni la aptitud ni las inclinaciones militares; atestada de soldados de todas armas, tiene todo el aspecto de una gran ferrería; por todas partes solo se ven operarios y obreros trabajando dentro del fango ó sobre el agua, y se equivocaria Wolwich con una ciudad manufacturera como

Saint-Etienne ó Birmingham, á no ser porque se vislumbran de vez en cuando dos ó tres centinelas con su casaca encarnada y sus largos fusiles, que jamás han de emplear. Allí todo se sacrifica á la utilidad y al trabajo, y todo el mundo se ocupa en alguna cosa. Frente á esta racional colmena y sobre la otra ribera llana y solitaria, se elevan diez ó doce casitas á medio construir, de estilo gótico, con sus fachadas que rematan en punta y sus ojivas. Puede asegurarse que antes que termine el año habrá ya cuatrocientas. Se forman muchas compañías con la idea de proporcionar alojamiento

á los obreros, idea mas politica que caritativa, porque la propiedad de cada uno de estos edificios representa un impuesto de veinte libras, é improvisando por este medio cuatrocientos propietarios artesanos, dan á un partido un número igual de electores; así es que se funda una ciudad en obsequio de un candidato para la cámara de los Comunes.

Dejando á Woolwich se descubre en lontananza un poco sobre la izquierda las cúpulas gemelas de Greenwich, y es preciso dar un rodeo de dos leguas alrededor de ellas an-

tes de llegar á Londres. Las nueve millas que quedan por andar antes de llegar á Gustam-Nouse se superan con rapidez.

El espectáculo que se presenta tiene tantos atractivos y la imaginación recibe tan fuertes impresiones, que las horas pasan sin sentir: el movimiento y la vida se apoderan por fin de la márgen izquierda del Támesis hasta entonces desierta, las barrancas, las fábricas, las obras de albañilería diseminadas por todas partes, preparan al viajero el sorprendente espectáculo de la gran ciudad que va á presen-



Puente nuevo en Londres.

tarse á su derechâ sobre aquella orilla defendida por largos rosarios de navios.

Ya vagan los *watermane*, barcos de vapor atestados de gente, descomunales omnibus marítimos que en número de 400 hacen el servicio en el litoral. Se les ve deslizarse rozando los costados y mezclados con los cachamarines, los briks, los navios de tres palos de la compañía de Indias, y los bastimentos de toda clase, entre los cuales bulle y revolotea una nube de botecillos. Las riberas cubiertas de gente y de talleres, aparecen mudas y tranquilas mientras que el bullicio y la vida se agitan sobre las aguas que parece arrastran y reunen en su superficie una ciudad populosa.

Es cerca de la hora del medio dia: el sol platea con sus rayos los vapores del carbon que empaña el azul del cielo: los navios ordenados en filas á través de este vasto baluarte líquido, dejan percibir entre los claros de un bosque de

mástiles, un mundo de almacenes, tabernas, tiendas de comestibles y manufacturas: y crugias coronadas con elevadas chimeneas de ladrillo atestadas de arboladuras de gigantescas proporciones: allí todo es actividad y trabajo: el agua, agitada y batida sin cesar, forma abundante espuma: el cieno sube á la superficie, y las olas rizadas azotan las orillas como impelidas por una continua tempestad.

A medida que se avanza, este extraño drama camina progresivamente á su peripecia: todos los viajeros se maravillan de que el buque siga desfilando por tan legitimo canal tan atestado de bastimentos que la vista tropieza por todas partes contra murallas de navios.

Después de haber rebasado á Greenwich se aumenta la admiración, y parece haber llegado á colmo, pero lejos de eso se triplica cuando se entra en Londres: ve desarrollarse ante su vista aquel monstruoso Babel, centro del comer-

cio de ambos mundos, con sus doscientas mil chimeneas, obeliscos que vomitan llamas de humo: sus cimbanillos puntiagudos y cincelados que se encuentran por centenas, y sus grandes casas de ladrillo ennegrecido cubiertas con tejas encarnadas, gradas colosales que sirven de zócalo á la basilica y cúpula de San Pablo, modelo del Panteon de París.

Londres no tiene baluartes: el Támesis baña las casas edificadas en sus orillas, y se abren para dar paso á los cargamentos de toda clase: destinadas para diferentes usos, no guardan simetría en su distribucion, pero todas están flanqueadas con empalizadas, pontones y erizadas de gruas y cabrias para levantar los pesados fardos.

Los edificios no están alineados ni hay el menor orden en este cuartel marítimo, en donde hay espacios para pescar, callejuelas inmundas en la alta marea, y poco despues terrenos en que de trecho en trecho se elevan algunos árboles raquíticos y desmedrados. La orilla derecha está dedicada exclusivamente á la industria: es un arrabal monstruo poblado de obreros, casucas bajas y sin orden envueltas de continuo en una nube de espeso humo que arrojan sus chimeneas. La primera planta de la orilla izquierda, ofrece con corta diferencia un aspecto análogo, aunque con la ventaja de que entre este arrabal y los lejanos edificios de la gran ciudad se percibe millares de mástiles, cables, jarcias y navios agrupados que hacen sospechar si es ó no otro brazo del Támesis que invade á la capital. Son sus *docks* conchas pertenecientes á Londres y Santa Catalina y á la compañía de Indias: millares de navios surcan estos canales que siguen la direccion de la corriente del rio.

Como la orilla no está limitada con baluartes ó malecones presenta una irregularidad muy ventajosa para el desembarco, y es tanta la afluencia, tanta la actividad y movimiento que esta facilidad comunica al litoral que hiere vivamente el ánimo de los franceses envanecidos con los suyos; empero el magestuoso y profundo Támesis no los necesita: es tan ancho que puede contener una escuadra y soportar buques de vapor y vela tan numerosos como coches ruedan por la calle de Alcalá, en Madrid, un dia de toros.

Sorprende ver pasar los navios libremente por entre las casas, y el ánimo se complace al considerar el atractivo que inspira una vida tan laboriosa. Cuando el espedicionario se encuentra en medio de este puerto entre algunos millares de hombres tan activos é industrioses se cree transportado á una ciudad oriental: piensa vagamente en Tiro, en Cartago, en las orillas del Ganges, en los villorrios holandeses, y en las caprichosas y poco conocidas ciudades de la China. Empero un triste pensamiento asalta y se mezcla con la admiracion que inspiran estas escenas. Se ha visto el Támesis solitario en su embocadura irse poblando poco á poco, decorarse sus orillas con edificios y fábricas, nacer la agitacion, crecer y aumentar la poblacion hasta el extremo de embarazarse y tropezarse las gentes. No parece sino que desde un desierto se ha llegado en pocas horas al centro del mundo y al emporio del universo. Este espectáculo tan variado é imponente se ve, se toca, se está en la misma escena, nada es mas real y verdadero. y sin embargo, se duda de la realidad: todo cuanto ve's os deja melancólico y pensativo, la idea del aislamiento en que os hallais en medio de tanto gentio, os oprime el corazon; entre el sin número de navios que hacen espumear las ondas y que presentan á nuestras miradas sus

puentes atestados de hombres, de mugeres elegantes, de obreros, aldeanos y gentes de todas las clases edades y condiciones, se reconoce la actividad, el movimiento y se concibe este drama como si fuese en sueños, como en la fantástica presentacion de una decoracion animada.

En fin, se cae en la cuenta, se conoce lo que falta para que todo cuanto se ve sea real y verdadero: es... ¡el ruido, las voces! La vida del Támesis es una pantomima: en ningun semblante asoma la risa, los labios están mudos: ni una sola voz ni una sola palabra, todo individuo permanece aislado; el artesano no canta, los transeuntes que pasan y vuelven á pasar miran sin curiosidad y no despliegan los labios.

El inglés se ha creado un idioma apropiado á sus plácidas costumbres y á sus gustos silenciosos, su lenguaje es un murmullo, un rumor interpolado con suaves silbidos, apenas articulada una sílaba se desliza de los labios, y cuando se quiere asociar á la emision de la palabra, la accion de la garganta ó pecho para alzar la voz, la fisonomia de estas se altera haciéndolas poco ó nada inteligibles, siendo únicamente con la condicion de que se pronuncien indistintamente: si se grita entonces salen broncas, desagradables al oido como el canto con que las ranas hacen resonar el eco de las lagunas. En Londres cada uno habla consigo mismo, piensa con sobriedad, y el interés es la única ocupacion. Se trabaja sin descanso y siempre silenciosamente.

Pero el navio se pierde ya en medio de los mástiles, estamos al pie del puente de Londres, se han arrojado los cables, las ruedas han parado, y se aborda sin ruido entre dos *watermen*, repletos de gentes mudas al embarcadero de la aduana, poblada con una multitud de factores, administradores y mozos de cuerda que esperan sin hablar palabra y os seguirán sin desplegar los labios.

Si alguna vez tiene la humorada algun torista sufrido y benévolo de ensalzar los atractivos de la aduana francesa, lo mejor que puede hacer es ir á Inglaterra para que le inspire la aduana de Londres. En España estos establecimientos están armados con uñas de gato, pero la inglesa agrega á estas la lentitud del boa que digiere. El registro no dura menos de cinco ó seis horas, á no ser que desembarque en domingo, en cuyo caso debe aguardarse hasta el siguiente dia á las doce para que se le devuelva el equipage. Ve aqui como pasa la cosa: los encargados se informan de la fonda en que teneis el proyecto de alojaros: despues os hacen encaramar por una escalera de madera que guia al granero en que están las oficinas, allí recibis un número, y se pone otro igual en vuestra maleta: el vuestro lo ataís á la llave de vuestro candado, entregándolo á los encargados que luego que os ausenteis desbaratarán y destrozarán sin piedad vuestro equipage, y vosotros os encaminareis á la gran ciudad con las manos en el bolsillo.

Esta costumbre nada tiene de alarmante para los ingleses, pero escita sobremanera la desconfianza española: si las señoras de este pais hubiesen hecho de sus hijos un ovillo y los hubiesen metido dentro de sus cajas y sombrereras, no manifestarian un cuidado mas tierno y solícito que el que experimentan en aquel lance. En fin, todos marchan haciendo sus comentarios, el observador observando que esta disposicion cuando menos supone mucha probidad y buena fé de parte de los aduaneros, el ciudadano espa-

ñol, reflexionando que todo se hace militarmente y con arreglo á ordenanza, y el independiente regocijándose con la idea de que ha reconquistado su libertad.

Pero esta es de corta duracion: los directores de la empresa entregan á los expedicionarios á cuatro interpretes, que se los reparten y se encargan de ser sus guías ó *cicerones* en los ocho dias que han de estar en la capital. Puede dirigírseles la palabra en francés, alemán, italiano y español, porque los cuatro se espresan con facilidad y precision en cualquiera de estos idiomas sobre todo en el primero. Yo tuve la felicidad de que me cupiese en suerte el mas inteligente y amable de todos: Jorge es un compatriota mio, muy bien educado, poco charlatan, calmoso como dos ingleses, honrado y listo sin atolondramiento; lo recomiendo eficazmente á los toristas que lean estas lineas.

Estamos en el caso de hablar alguna cosa del *New-London-Bridge*, puente nuevo de la ciudad de Londres. Los navios remontan hasta él, que es el apostadero, sin que jamás puedan pasar mas arriba. Se principió en 1825, y en 1831 estaba ya concluido y espedito el paso para los transeuntes. A pesar de que el rio llega en aquel parage á su mayor anchura, el puente solo consta de cinco ojos ó arcadas, pasando las de las estremidades por encima de las calles que siguen las dos orillas: se construyó con granito de Escocia: las arcadas son rebajadas, y la de enmedio de un ancho sorprendente: el atrevido pensamiento y la ejecucion de obra tan prodigiosa, admira y sobrecoge de espanto el ánimo del que la mira. Los pilares ó machones tienen plintos macizos con tajamares ó cuchillos góticos, y los arcos que forman las bóvedas, están coronados con una cornisa que sostiene los pretiles, los buques y carruages pasan juntos y pegados unos á otros por debajo de este puente, tan concurrido y poblado por encima como por bajo de sus aleros. En las dos estremidades se ven nubes de peatones que circulan como legiones de hormigas en torno de la última arcada, que trepan hacia arriba ó bajan á lo largo de los estribos para ganar las calles bajas, las altas ó los embarcaderos.

Haciendo un cuarto de conversion, como decia nuestro compañero, dejamos á nuestra derecha una columna de piedra coronada con una especie de grueso cardo dorado. Nuestros guías nos dijeron que aquel cardo era una gavilla de paja inflamada, y que la columna que la sostiene fué erigida en memoria del incendio que en 1666 consumió la mitad de la ciudad, habiendo conseguido contener sus estragos en aquel sitio.

Cuatro omnibus de vapor estaban al paio, al pie del puente, estrechados los unos contra los otros y rebosando de gente; para llegar al postrero era necesario atravesar por los otros tres: cada uno corria atropelladamente buscando el suyo, pero todo con el mayor silencio. ¡Qué estrepito y gritería hubiera ocasionado semejante batahola en las orillas del Sena! El tercer waterman era el designado para conducirnos á las inmediaciones de la fonda en que se nos aguardaba: vimos con placer hallarnos mezclados por la vez primera con la multitud, y aunque notados como españoles por el bigote y algarazas que movimos al entrar, no escitamos ni admiracion ni curiosidad: algunos ingleses que sabian el español se dirigieron con mucho agrado á hablar con los menos barbudos de nuestra sociedad.

Al llegar á la estacion de Southwark, puente construido

con hierro colado y sostenido por cuatro pilares de piedra, llegó impensadamente un gentleman con dos damas á las que él precedia con aire señorial. Un solo asiento habia vacante en uno de los bancos, y el se plantificó en él sin cuidarse de sus compañeras, que quedaron en pie entre las piernas de una docena de hombres. Inmediatamente cuatro españoles se levantaron y les ofrecieron cortesmente sus asientos; admiradas desde luego las damas, lo aceptaron dándoles las gracias con una sonrisa, mientras que los hombres nos miraban de reojo con aire muy descontento.

¿No es sorprendente, exclamó uno de nuestros jóvenes compañeros, acariciando su bigote, no es admirable que los ingleses nos cedan la preferencia? para ellos es cosa nueva la galantería, y el mas ligero cumplido les choca; en verdad que no simpatizaremos mucho con sus señores y dueños.

Ignoro si ha tenido despues ocasion de afirmarse en su suposicion: en cuanto á mi siempre me han parecido los ingleses muy afectuosos.

En llegando á la altura de Blackfriars-Bridge cara á San Pablo, punto desde donde todavia se descubre la torre y ya á Somerset-House, vasto palacio de arquitectura clásica por el estilo de los de Italia, el Támesis se dirige hácia la izquierda y los edificios de la orilla toman dimensiones mas monumentales: se pasa por delante de Temple-Bar, notable por sus frescos jardines y su bello pabellon gótico de ladrillo encarnado, y el viagero queda pasmado de admiracion al ver la magestad del puente de Waterloo, construido con granito de Aberdeen con dos columnas salientes en cada machon: este puente, cuyo piso está á cincuenta pies sobre el nivel del agua, es perfectamente plano; tiene nueve arcadas de ciento veinte pies de largo sobre treinta y cinco de alto y el ancho de dos mil cuatrocientos cincuenta y seis pies ingleses. La anchura del rio en aquel parage es de mil trescientos veinte y seis pies. Este puente es de muy buen estilo, de una solidez romana y de admirables proporciones: en la oficina de portazgo de este puente es donde está el famoso torno de hierro que no deja pasar mas de una persona á la vez, y que al dar la vuelta da impulsión á la manecilla del cuadrante colocado en el despacho y prueba el número de pasajeros: ¡qué invencion tan puramente inglesa es este registro mecánico!

Todo á lo largo de la ciudad el Támesis es no solo una grande calle, mas tambien una especie de parque y de sitio de placer: porque entre los innumerables barquillos de vapor que surcan las aguas en todas direcciones, se ven galopar sobre cuatro remos millones de barquillos y juncos delgados como la hoja de un cuchillo, así como en los paseos caracolean los caballeros con sus corceles alrededor de las carretilas. El inglés gusta mucho de correr ya montando á caballo, ó sobre los bancos de un barquichuelo. Los regatos se desparan por la orilla coronada de espectadores apasionados aguardando con impaciencia la explosion de pólvora de la meridiana metálica que señala el buen suceso del vencedor. Estas embarcaciones ligeras y esbeltas como peces, llevan remeros peinados y vestidos como los *jokeys* diferenciándose unos de otros por los vivos y variados colores de sus camisas. «Al ver estos centauros de barquichuelos», escribe Minimus Lavaten con su pintoresca originalidad, conducidos por remeros atrevidos vestidos elegantemente de seda roja ó azul, verde ó rosada se diria que todas las amapolas

y acianos, enojados con sus vecinos los trigos han venido á bañarse en el Támesis.»

Con disgusto dejamos el puente colgante de Hungerford, teatro animado de negocios y diversiones: atravesamos un mercado cubierto en donde sobre mesas de mármol blanco, adornadas con pedazos de hielo de facetas cristalinas habia apiladas centenares de langostas de mar, langostinos, cangrejos de calor escarlata, sollos de gris de hierro y plateados salmones. Un momento despues pasamos por Leicester-square y entramos triunfantemente en la fonda del principe de Gales, inundada ya por una nube de pillosatraidos con la esperanza de vender algunas estampas, cortaplumas, cuchillos ó navajas de afeitár.

El observador exclamó:

—¡He ahí navajas inglesas legítimas!

Despues de hecha la distribucion de los cuartos entre los toristas, operacion difícil y tumultuosa, con los cuarenta y cinco viajeros que todos exigen los tres mejores aposentos, que todos gritan á un tiempo, preguntan, examinan, se enfurecen, amenazan, y que se esfuerza á calmar con una cachaza verdaderamente británica nuestro ingenioso compatriota Enrique Giralton, capitán de la marina española, la mayor parte de los expedicionarios arden en deseos de correr las calles é invadir á Londres, como si hubiesen de marchar al siguiente día, y los que dan mas prisa son los que se cansarán mas pronto. El tropel arrastra tras sí á los guías y hacen una irrupcion en Leicester-place: se camina gesticulando, se habla gritando y los transeúntes admirados de este ruido, nos miran con cierta sonrisa compasiva.

La plaza de Trafalgar, objeto de nuestra primera corrección, es una plaza grande, de piso desigual é irregular: desde el peristilo de National-Gallery, monumento monstruoso del que hablaremos en otro lugar, produce cierto efecto, aunque es de figura trapezoide. En el centro hay un pilon de agua, y detras de él se eleva la columna de Nelson, que cubre la estatua de Carlos I, colocada en la parte baja de Channing-Cross, que guía á White-Hall, en que fué decapitado este rey.

Aun antes de su reinado se llamaba esta calle como en profecía, *el camino de la Cruz*.

La columna de Nelson da una idea anticipada del gusto inglés respecto á las bellas artes. Se dice que es de granito, mas á mí me pareció pintada de blanco, el fuste estriado, coronado con un vasto chapitel corintio, sirve de pedestal á la estatua de este célebre almirante, cubierta con un sombrero, que mirado de perfil, y por haber abondado demasiado los dos bordes, se asemeja á dos cuernos, y como el busto anguloso y cuadrado no sigue el movimiento de la cabeza, vista esta figura desde la orilla del río parece la estatua del diablo. Detrás del héroe el artista ha enfilado y enroscado en espiral un enorme cable que recuerda ideas poco convenientes. En fin, Nelson tiene á lo largo de la espalda un pararrayos que le sale por la oreja; mas hubiesen necesitado este aparato los napolitanos cuando el almirante tronaba sobre sus cabezas. Nelson fué ciertamente un gran capitán, y sin embargo, su gloria no inspirará gratos recuerdos al que ha leído la historia moderna de Italia. El mismo sol tiene á la verdad algunas manchas, mas no son de sangre.

Este pararrayos nos trae á la memoria otro colocado en lo mas alto de la columna que está á la entrada de Saint-

James-Park, para proteger la estatua heróico-cómica del duque de York: han fijado la punta en el cráneo de la estatua, y le mide el cuerpo de alto á bajo como si fuese el listón métrico de un sastre.

No echemos en olvido que estas columnas, á cuya parte mas alta se sube por una escalera interior, están guarnecidas con antepechos de hierro, y un enrejado á modo de cielo-raso que cubre á los curiosos encerrados como en una jaula; precaucion que ha hecho necesaria la estravagancia de los ciudadanos que se habian aficionado á arrojar des de lo mas alto de estos gloriosos monumentos.

En Inglaterra se tiene á los españoles por descabezados y antojadizos, pero hasta ahora á Dios gracias, no ha sido preciso remachar un guardalado encima de sus cabezas.

A propósito de esto, no sé si en aquella isla están atacados los capiteles del esplin, pero yo he visto en Belgrave-Square coles corintias, monstruosas, encarceladas en una red de alambre: ¿se trataba de defenderlas de los ataques de las golondrinas? Sea lo que quiera, nada menos monumental que las columnas cubiertas con una cesta de ensalada.

(Se continuará.)

EDUCACION QUE DABAN LOS GODO A SUS HIJOS.

Los hijos de los godos desde su mas tierna edad, estaban acostumbrados á soportar todos los rigores del frio, la fatiga y el hambre; estaban enseñados á manejar las armas, á perseguir las fieras, á nadar á través de los mas anchos ríos, y á pelear desnudos con armas ofensivas. A la edad de quince años, su fuerza y esperiencia los calificaba dignos de ser admitidos en el rango de los hombres y de formar parte del ejército.

Para este efecto se celebraba una ceremonia especial; recibian una espada, una lanza y un escudo, y es opinion recibida, que desde este momento se consideraban ellos mismos sus propios maestros y que tenian precision de subvenir á su subsistencia y defensa tanto en la caza como en la guerra.

El escudo que les presentaban era perfectamente blanco y liso, y los jóvenes tenian especial prohibicion de pintar sobre él ninguna clase de ornamento ó divisa, hasta tanto que hubiesen ejecutado alguna accion brillante digna de ser recordada. Este escudo era llamado el escudo de la expectativa.

El deseo de pintar sus escudos, les daba tanto ardor y emulacion, que frecuentemente hacian prodigios de valor, lanzándose en medio de sus enemigos, y pareciendo querer competir mutuamente con sus esfuerzos á fin de adquirir honor, hacer importantes servicios á su nacion, y obtener el distinguido premio de bravura, esto es, el permiso de blasonar sus escudos.

TRADUCIDO DEL INGLÉS.